

211

SERIE LECTURAS Y REFLEXIONES SOBRE POLÍTICA

**CUA
DER
NOS**

PARA ANIMARSE A LEER
MAQUIAVELO

 *Eudeba*

José E. Castillo

PARA ANIMARSE A LEER
MAQUIAVELO

Dirección: Luis Mesyngier

211

COLECCIÓN CUADERNOS

SERIE LECTURAS Y REFLEXIONES SOBRE POLÍTICA

PARA ANIMARSE A LEER
MAQUIAVELO

Presentación y selección de textos

José E. Castillo

 *eudeba*

José Castillo

Para animarse a leer Maquiavelo / José Castillo ; dirigido por Luis Alberto Mesyngier. - 1a ed. - Buenos Aires : Eudeba, 2012
96 p. ; 24x18 cm. - (Cuadernos. Lecturas y reflexiones sobre política; 211)

ISBN 978-950-23-1963-6

1. Ciencias Políticas. I. Mesyngier, Luis Alberto, dir.
CDD 320



Eudeba
Universidad de Buenos Aires

Primera edición: junio 2012

Revisión pedagógica: *Norma Zanelli*

© 2012

Editorial Universitaria de Buenos Aires
Sociedad de Economía Mixta
Av. Rivadavia 1571/73 (1033) Ciudad de Buenos Aires
Tel.: 4383-8025 / Fax: 4383-2202
www.eudeba.com.ar

Diseño de colección:

Mariana Piuma - marianapiuma@gmail.com
Lisandro Aldegani - lisandro.aldegani@gmail.com

Impreso en la Argentina

Hecho el depósito que establece la ley 11.723



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopias u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

[...] los clásicos sirven para entender quiénes somos
y adónde hemos llegado [...]

Ítalo Calvino

Calvino, Ítalo. Por qué leer los clásicos. Barcelona, Tusquets, 1993

¿Qué es un clásico?

El sentido común que guía nuestra forma de pensar y la visión sobre el mundo que nos rodea se estructura a partir de ideas, imágenes y razonamientos condicionados por dos cuestiones: lo trascendente de las relaciones humanas (afectos, angustias, pasiones, sentimientos) y las circunstancias que el desarrollo social y tecnológico nos brindan.

Cada momento histórico genera su propio sentido común; la forma, sutil, en que hombres y mujeres pensamos la sociedad en que nos toca vivir y a nosotros mismos.

En ese devenir, las explicaciones mitológicas, religiosas y/o intelectuales son un auxilio individual y colectivo.

Un clásico es un pensador (un pensamiento o todo un sistema científico) que resiste el paso del tiempo y continúa vigente. Sigue siendo parte de la cosmovisión social porque está incorporado en forma imperceptible y porque ha planteado tanto dudas como incipientes respuestas orientadas de un modo tan profundo como íntimo.

En estos *Cuadernos* se intenta el rescate de aquellos pensadores que, aún pasados milenios, siglos o décadas, conforman parte inseparable del pensamiento contemporáneo.

Es una invitación a leerlos directamente. A dejarnos llevar por sus ideas para cuestionarlas, discutirlos, contrastarlas con el presente y con nuestra propia experiencia. A descubrir que lo que hoy parece obvio, razonable o inquietante, fue planteado magistralmente por aquellos que ingresaron en la categoría de Clásicos del pensamiento.

El presente libro propone la lectura de escritos de Nicolás Maquiavelo, en el siglo XVI. Los fragmentos seleccionados de sus distintas obras se han agrupado en apartados, en función de los temas que abordan.

Leer textos auténticos es imprescindible para acceder a la complejidad de las ideas de un autor, para valorarlas y entablar un diálogo con ellas. Al mismo tiempo, contar con un acompañamiento en esta lectura puede ayudar a enfrentar las dificultades que eventualmente se presenten, a evitar el abandono del intento. Es por ello que cada apartado se inicia con *comentarios* que procuran introducir los temas tratados, anticipar cuestiones, brindar claves para la comprensión e interpretación, formular interrogantes que inciten al encuentro con las obras originales y culmina con preguntas *acerca de los textos de Maquiavelo*, que apuntan a que el lector monitoree su comprensión a través de una relectura tendiente a identificar información relevante, establecer relaciones entre ideas de un fragmento o entre fragmentos de distintas fuentes, ejemplificar, descubrir la estrategia de argumentación, justificar las afirmaciones del autor.

Finalmente, el libro presenta preguntas *a partir de la lectura de los textos de Maquiavelo*. Responderlas supone un desafío mayor. Se trata de reflexionar desde las ideas planteadas y más allá de ellas, vincular los postulados de distintos textos, evaluarlos desde la perspectiva de los tiempos actuales, ponderar las consecuencias de sostener sus argumentos o de discutirlos, elaborar opiniones y valoraciones personales. Animarse, en fin, a pensar desde la política.

I. Introducción

¿Por qué Maquiavelo?

¿Por qué volver sobre Maquiavelo ya en el siglo XXI? ¿Por qué invitar a las nuevas generaciones a transitar ellas también por las páginas de *El Príncipe* recorridas por tantas otras, o por las menos conocidas de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* o *Del arte de la guerra*?

Esta antología está dedicada a jóvenes en general y a estudiantes de escuela media o cursos universitarios introductorios en particular, que hacen su primera lectura de un autor como el que hoy presentamos. Y si juventud y adolescencia son sinónimos de búsqueda, de rebeldía, de crítica, qué mejor que ayudar a orientar esas energías volcánicas con las reflexiones, compartidas o no, de los que fueron, en otra época, también críticos, rupturistas con las convenciones y, por eso, malditos para el orden establecido.

Uno de ellos es, precisamente, Nicolás Maquiavelo. De su nombre surgieron un sustantivo, *maquiavelismo*, y un adjetivo, *maquiavélico*. Dos palabras con signo negativo, asociadas a mentira, a traición, pero también a un inteligente manejo de un poder sin escrúpulos. En el *Diccionario de Política* de Norberto Bobbio, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino leemos: *Maquiavelismo: es una expresión utilizada principalmente en el lenguaje ordinario para indicar un modo de actuar, ya sea en política como en cualquier otro sector de la vida social, sin escrúpulo, implicando incluso el uso de la violencia, el fraude o el engaño* (Sergio Pistoni).

No lo negamos. Algo de eso hay en Maquiavelo. Pero el viejo florentino es mucho más. En sus páginas vemos a la sociedad moderna dando los primeros pasos, todavía inseguros. Estamos en el pasaje del siglo XV al XVI. Todavía no existe un Descartes que con su *pienso, luego existo* funde definitivamente el reino del individuo y la razón. Ni un Lutero que, clavando su proclama en la Catedral de Württemberg, lance a los cuatro vientos su desafío a la jerarquía católica. Pero ya existe el Renacimiento. Y si hay un lugar donde éste se desarrolla a pleno es en Florencia, la hermosa *Firenze* de las primaveras eternas. Allí, Maquiavelo comete el escándalo de decir que el rey está desnudo. Que la política es lucha por el poder. Y que la especificidad de esta práctica debe analizarse por separado de toda consideración moral o religiosa.

El análisis *puro* del poder es, entonces, el objetivo de Maquiavelo. Primer antecedente de debates que, en los siglos siguientes, desarrollarán en distintas direcciones Hobbes, Locke, Montesquieu, Rousseau, Hegel, Marx, Nietzsche, Weber o Gramsci. Y que, en la segunda mitad del siglo XX, darán lugar a las impresionantes reflexiones de un Michel Foucault.

Pero no es cierto que a Maquiavelo sólo le interesaba el poder por el poder mismo. Dos veces, por lo menos, su obra toma posición acerca de los fines de la acción política. En los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* aparece su admiración por la república como régimen político, en particular por esa república romana que antecedió a la era de corrupción del imperio. Y, en el desconcertante último capítulo de *El Príncipe*, aparece su amor a Italia, esa *patria* de Maquiavelo

que no había podido, y no pudo hasta muy avanzado el siglo XIX, convertirse en un Estado independiente.

Maquiavelo fue un maldito. Prohibido, colocado en el índice de la Inquisición, insultado por Erasmo y por Federico de Prusia, *perdonado* por Rousseau, recibió la inquietante admiración de fenomenales y disímiles figuras políticas, como Napoleón (de quien se dice que, tras su derrota en Waterloo, se encontró un ejemplar con notas al pie en su carroza de comandante), Lenin, Gramsci, e incluso el fascista Benito Mussolini.

Invitamos entonces a recorrer las páginas de uno de los autores más importantes de la literatura política de todos los tiempos. A leerlo con la cabeza abierta, a reflexionar, a buscar sus consejos en la historia, a horrorizarse si es necesario ante algunos de sus planteos, y también a detenerse a admirar la inteligencia de muchas de sus afirmaciones.

La época

Maquiavelo ejerce funciones políticas en la República florentina entre 1498 y 1512. Inmediatamente después, en su exilio forzado, escribe sus textos más importantes.

¿Qué es Europa en ese momento? Han pasado pocas décadas de la caída de Constantinopla (1453) que cierra *formalmente* lo que se conoce como Edad Media. Unos pocos Estados Nación ya están constituidos: Francia, Inglaterra y, muy recientemente, España. En este último país, 1492 es el año parte-aguas. La unificación de las Coronas de Castilla y Aragón en el matrimonio de los reyes católicos y la conquista de la ciudad de Granada dan origen a un Estado español llamado a convertirse en potencia en los años siguientes. Como un anticipo de lo que después relatará Maquiavelo, la unificación española va acompañada de una de las primeras *limpiezas étnicas* de la historia moderna: la expulsión de judíos y moros de las tierras en las que habían vivido durante siglos. Y un hecho menor, al que entonces no se le da la importancia que tendrá a futuro, acaba de suceder. Cristóbal Colón, con el apoyo de la Corona española, ha llegado a las tierras de lo que pronto será América.

La Iglesia Católica, si bien sigue ejerciendo la hegemonía cultural de siglos anteriores, retrocede en el control absoluto del poder político. Sale de la época de luchas fratricidas entre Papas rivales a un período de unificación en el único poder de Roma, pero esto le ha costado ceder mucho en lo que respecta al *poder temporal*: ya nadie duda de que el ejercicio de la dirección política de Europa está en manos de los poderosos monarcas de Francia, España o Inglaterra.

Sin embargo, el mundo europeo está cambiando. En las ciudades, especialmente en aquellos territorios que no están bajo la soberanía directa de alguno de estos flamantes Estados Nación, se respira un aire de renovación y, con las salvedades de recordar que estamos en el siglo XV, libertad. Sobre la base material de la burguesía comercial y sus fortunas, surge el *Renacimiento*. Impresionante sobre todo desde lo artístico, será una búsqueda de retorno a la esencia de la vida greco-romana, *saltando* las ataduras y traducciones hechas al respecto por la Iglesia. Personajes como Miguel Ángel o Leonardo da Vinci serán, mucho más

aun que los políticos de la época, los que darán forma a ese período puente entre el feudalismo y la Modernidad.

Italia y Florencia, la tierra de Maquiavelo

A fines del 1400 Italia está desgarrada. De hecho, no existe. Sólo queda en la cabeza de algunos, Maquiavelo entre ellos, como el lejano eco de la grandeza de Roma. Pero la realidad política de la época la encuentra dividida en cinco ejes fijos, alrededor de los cuales circulan, haciéndose y deshaciéndose, una miríada de pequeñas ciudades. Roma en el centro, los *Estados pontificios*, el poder temporal de la Iglesia. Por esta época ha perdido muchísimo de su prestigio espiritual: es un Estado más, con su ejército y su corte corrupta. El Papa de entonces, Alejandro VI (de la familia de los Borgia) ofrece el máximo espectáculo de corrupción en toda la historia de la Iglesia. Su hijo, César Borgia, duque de Valentinois, es ordenado cardenal a los dieciséis años, pero renuncia para tratar de construir un vasto principado con eje en Italia central. Veremos más adelante que muchas de las reflexiones de Maquiavelo están centradas en este personaje.

Las otras tres ciudades poderosas del norte de Italia serán Milán (cabeza del Ducado del mismo nombre), Venecia y Florencia, la ciudad del propio Maquiavelo. El sur de Italia contenía al Reino de Nápoles, bajo dominio español. Justamente España y Francia serán las potencias que permanentemente interferirán en la vida política italiana, desequilibrando la ya de por sí inestable balanza de alianzas y contra-alianzas entre las ciudades rivales.

El panorama no estaría completo si no mencionamos a los *condottieri*, verdaderas bandas mercenarias que, vendiéndose al mejor postor, traicionando muchas veces, transformaron a la península itálica de entonces en un sitio de guerras y saqueos permanentes.

Florencia había sido una de las ciudades más devastadas por esta inestabilidad política y lucha de facciones rivales, hasta que el poder es tomado por los Médicis, banqueros ricos que ponen al frente de la ciudad a Cosme, en 1434. Le sucederá Lorenzo, apodado el *Magnífico* por su afición a las artes –de hecho será el gran mecenas de muchas de las maravillas que aún hoy podemos admirar en Florencia–, los vinos, la caza y las mujeres. La época de los Médicis, sin embargo, será también la de la ruina de las libertades, de hecho, la de la desaparición de la República florentina. Los Médicis son sanguinarios con todos los que se oponen a ellos. El propio Maquiavelo, de niño, podrá ver los cuerpos colgados del arzobispo de Pisa, Salviati y Francisco Pazzi (jefes de la conjuración de 1477) en las ventanas del Palacio de la Señoría, mientras el cadáver de Jacobo Pazzi es arrastrado por los niños de la ciudad que terminan arrojándolo al río Arno. Ésta es la Florencia que conoce Maquiavelo, la del arte, pero también la de la crueldad.

Lorenzo de Médicis muere en 1492. Lo sucederá Pedro, quien terminará huyendo de la ciudad ante el pueblo amotinado en 1494, que se rebela ante el acuerdo firmado por los Médicis con el rey de Francia. Se restablece entonces la república. Pero apenas tres años después el poder cae en manos de un monje dominico, apocalíptico y lunático, Jerónimo de Savonarola. Predica el fin del mundo e, increíblemente, logra convencer a la población de Florencia. En la cuaresma de 1497,

las mujeres renuncian a sus joyas y son arrojados al fuego innumerables libros y obras de arte. Pero el fin de Savonarola llegará rápido: critica el lujo y la corrupción del papa Alejandro Borgia. El pueblo de Florencia lo abandona. Morirá quemado y ahorcado el 23 de mayo de 1498. Maquiavelo reflexionará sobre este personaje en *El Príncipe*, donde lo llamará *el profeta desarmado*.

La vida de Nicolás Maquiavelo

Pocos días después de la ejecución de Savonarola, el 15 de junio de 1498, Nicolás Maquiavelo, entonces con veintinueve años, ingresa como funcionario en la Segunda Cancillería de la República florentina. Comienza su vida pública, base de sus futuras reflexiones escritas.

Maquiavelo había nacido el 3 de mayo de 1469, en el seno de una familia de la burguesía toscana (así se llamaba a la región a que pertenecía Florencia). Su padre estaba formado en leyes. La educación de Maquiavelo se da en el seno familiar. Al parecer lee historia, se familiariza con los clásicos griegos y romanos, pero nunca recibe la formación escolástica, férreamente manejada por la Iglesia, que era habitual en los estudios superiores de su época.

Su incorporación a la función pública no significa para él ni fuertes ingresos, ni capacidad alguna de incidir en las decisiones de la alta política. Es lo que hoy llamaríamos un *funcionario de carrera*, un *burócrata* (en el buen sentido del término), que vive de un sueldo austero, ejecuta órdenes y sabe moverse en el mar de intrigas políticas de su época. A poco de comenzar sus funciones, sin abandonar su cargo en la Segunda Cancillería, es nombrado secretario de los *Diez de Libertad y Paz*, magistrados electos que le encomiendan la relación del gobierno florentino con sus embajadores en el extranjero. En el desempeño de esa función, Maquiavelo tendrá oportunidad de viajar y conocer cortes y pueblos. Así, visita la Francia de Luis XII, la Alemania del emperador Maximiliano y, en 1502, la propia corte papal donde conoce en particular a César Borgia, personaje que citamos más arriba.

La otra tarea que se le encomienda a Maquiavelo, a su propio pedido, va a ser la conformación de una milicia para la ciudad de Florencia, a fin de romper la dependencia de las tropas mercenarias. Sus conocimientos militares, volcados en *El Príncipe*, pero principalmente en *Del arte de la guerra*, los obtuvo en esa experiencia.

La vida de Maquiavelo dará un vuelco en 1512. La república es derrocada y los Médicis vuelven al poder en Florencia. Nuestro autor no sólo pierde su puesto de trabajo: también es encarcelado y torturado. Solitario, teniendo que mantener a su familia, se retira a una modesta casa de campo heredada, cerca de San Casciano, a pocos kilómetros de su amada Florencia. Ahí comenzará otra etapa. Como dice Carlos Benoist (*Le machiavélisme*): *todo está perdido, pero todo está ganado. Maquiavelo ha perdido su plaza, pero nosotros hemos ganado a Maquiavelo*.

En desgracia, aburrido, transcurren sus días. Como lo expresa en una de sus cartas, que reproducimos en esta antología, su actividad intelectual es lo único que le interesa. Lee, reflexiona y escribe. Busca, al mismo tiempo, que alguno de sus viejos conocidos le abra la puerta a un empleo en lo único que sabe hacer y le apasiona: la actividad política profesional. Trata de llamar la atención de los Médicis, ahora gobernantes de su ciudad. A ellos dedicará *El Príncipe* (a Julián

en 1513 y, a la muerte de éste en 1516, a Lorenzo, duque de Urbino, sobrino del papa León X).

Comienza a escribir un meditado texto sobre la obra de Tito Livio, el gran historiador romano. Terminará siendo una gran reflexión sobre la política y, en particular, sobre los gobiernos republicanos. En la historia de la literatura sobre este tema tendrá menos popularidad que *El Príncipe*, pero es el libro que lo complementa. Difícilmente Maquiavelo pueda ser comprendido sin recorrer las afirmaciones más complejas de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Por eso también incorporamos algunas de sus mejores páginas en nuestro volumen.

El Príncipe no logra atraer la atención de los gobernantes Médicis. Incluso se duda siquiera de que alguno lo haya leído al recibir el manuscrito como regalo. Maquiavelo, amargado, sigue escribiendo. Una obra de teatro, *La Mandrágora*, en la que describe la corrupción de las costumbres de su época, tendrá mejor fortuna que sus textos puramente políticos: llegará a ser representada en Florencia en el Carnaval de 1518. Tendrá tanto éxito, que su presentación en Venecia en 1522 será suspendida por exceso de público que desborda las instalaciones. Mientras tanto, en 1519, Maquiavelo culmina sus reflexiones militares, dando lugar a un pequeño libro titulado *Del arte de la guerra*.

Finalmente, y tras mucho insistir, Maquiavelo conseguirá que el gobierno florentino lo rehabilite en sus derechos ciudadanos en 1525 y le haga algunos encargos menores, entre ellos, escribir la historia de Florencia, que dedica en 1526 al papa Clemente VII, realizar algunas misiones diplomáticas ante Venecia y Roma, e inspeccionar las fortificaciones militares de Florencia. Pero serán particularmente la publicación de sus *Historias florentinas* lo que le ganará el odio de sus viejos amigos políticos, los desplazados por los Médicis, que a partir de ahí lo considerarán un traidor.

Sucedirá entonces un nuevo giro político que volverá a transformarse en un drama para la vida de Maquiavelo. En 1527, se produce la muerte del papa Clemente VII, la caída de los Médicis y la restauración de la república. Pero ya no habrá lugar para Maquiavelo en el nuevo régimen. Despreciado, solo y enfermo, muere poco después, el 21 de junio de ese año.

La historia de *El Príncipe*

Su verdadero nombre fue *De Principatibus*, que quiere decir *de los gobiernos de príncipes o principados*, aunque pasará a la historia por su nombre popular: *El Príncipe*. El manuscrito ofrecido como regalo a Lorenzo de Médicis en 1513 recién fue impreso en 1532, gracias a la autorización de Clemente VII. Y pronto caerá en desgracia. En 1552, durante el Concilio de Trento, su lectura fue descalificada como *no apta para los cristianos*. Pocos años después, en 1559, el papa Paulo IV lo prohíbe y lo incluye en el *Index librorum prohibitorum*.

Pero Maquiavelo no sólo fue un *maldito* para los católicos. Los calvinistas lo acusaron de haber inspirado la matanza de los hugonotes en la noche de San Bartolomé, por ser florentina la reina de Francia, Catalina de Médicis. Innocent Gentillet, en 1576, escribe su *Discurso contra Maquiavelo*, que luego será conocido como *Anti-machiavellus*. La lista de los autores que explícitamente se dedican a escribir contra

Maquiavelo, en particular desde una perspectiva religiosa, es grande. Destaquemos a los primeros. Pedro de Ribadeneyra publica su *Tratado de la religión y virtudes que debe tener el príncipe cristiano para gobernar y conservar sus Estados, contra lo que Nicolás Maquiavelo y los políticos de este tiempo enseñan* (1601); Juan Márquez, *El gobernador cristiano* (1612), y Diego de Saavedra Fajardo escribe *Empresas políticas o Idea de un príncipe político-cristiano representada en cien empresas* (1640).

En la segunda mitad del siglo XVI, en el XVII y aun en el XVIII, aparecerán autores que buscan rescatarlo rebuscadamente: sostendrán que Maquiavelo intentó *mostrar al pueblo* las maldades de los monarcas para que aquél pudiera distinguirlos y, eventualmente, se rebelara contra ellos. Ésa será la lectura de Gentili, Federico de Prusia (autor de un *Antimaquiavelo*, donde se adivina la mano de Voltaire) y, el más importante de todos, Rousseau.

El rescate pleno de Maquiavelo vendrá a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, por parte de los que comprendan las gigantescas tareas emanadas de la construcción de los Estados Nación. Así, levantarán a Maquiavelo primero Fichte y después Hegel, desde la filosofía clásica alemana. Pero el gran admirador será un gran constructor político: Napoleón Bonaparte.

A partir de ese entonces, *El Príncipe* se ha editado, vuelto a editar, ha sido leído y comentado miles de veces por todos aquellos que tienen planteada la dura y enigmática tarea de conducir políticamente, y también por aquellos que, a la vera del camino, reflexionan sobre los avatares de esta actividad.

En el siglo XX, Maquiavelo fue admirado por personajes tan disímiles como Vladimir Lenin, Antonio Gramsci, Benito Mussolini, Max Weber o Carl Schmitt. Quienes se dedican a la administración de empresas también comienzan a estudiarlo, buscando claves para la dura tarea de la conducción de organizaciones. Las distintas lecturas de Maquiavelo, a lo largo de casi 500 años, nos sirven incluso para reflexionar sobre las distintas percepciones del ser humano en occidente acerca del Estado, la política y la sociedad.

El sentido de esta selección

La importancia histórica de Maquiavelo ha trascendido a partir de su obra más popular, *El Príncipe*. Pero nos ha parecido importante incluir una carta, la más representativa de su correspondencia, donde el autor retrata vívidamente el desgarramiento de su exilio mientras escribe sus obras. E incluso el *escenario* de esa escritura: esa buhardilla en su más que modesta casa de campo, donde diariamente Maquiavelo se *sentaba* a conversar con los grandes teóricos de la filosofía universal y a meditar sobre las tribulaciones y cambios de la realidad política (y los de sí mismo).

También hemos querido que nuestros lectores tuvieran un mínimo acceso a la otra gran obra de Maquiavelo: los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. De su inmensa –riqueza para muchos incluso más importante teóricamente que *El Príncipe*– nos interesará rescatar una primera reflexión sobre el conocido debate *de medios a fines* en política; y la visión de Maquiavelo sobre la república, que como él mismo lo indica, decide no retomar en *El Príncipe*.

Con respecto a su obra central, hemos hecho una selección de textos de lo que consideramos el corazón de los planteos de Maquiavelo. Aquellos que hayan leído completo el famoso libro del florentino añorarán la totalidad de los ejemplos, que pintan de vivos colores la política de su tiempo. Excluirlos de esta edición (salvo en aquellos casos que transformaban una afirmación en ininteligible), puede ser sentido por muchos como una real *mutilación*. Confesamos que adherimos a este planteo. Sin embargo, creemos que esta versión abreviada será útil para aquél que recién se inicia. Y, hacemos votos, quizás incite a la lectura de la obra completa del insigne florentino.

II. ¿Por qué pensar en el *hacer política*?

El ser humano, decía Aristóteles, es un *zoôn politikon*, un *animal político* o un *ser social*. Nadie entonces puede ser indiferente a la política. Cuando alguno trata de serlo, ésta, tarde o temprano, se introduce en su realidad cotidiana. A veces, por la vía de decisiones administrativas o manejos de política económica que *mejoran* o *empeoran* su situación. Pero algunas –otras y el siglo XX tiene un largo muestrario de ellas– a partir de los huracanes de las guerras y las revoluciones.

Ahora bien, la especificidad del *hacer política* suele quedar limitada a una minoría. El resto, salvo por el hecho aislado de ejercer el derecho a voto o, a lo sumo, participar en alguna manifestación, se mantiene ajeno. Lo ve a través de los medios de comunicación, como una parte de la sociedad del espectáculo. Sin embargo, entre sujetos políticos *activos* y *pasivos* queda una zona gris: la de aquellos que, a lo largo de la historia, se han dedicado a reflexionar sobre la actividad política. En la inmensa mayoría de los casos, lo han hecho con la secreta añoranza de que, si tuvieran la oportunidad, ellos estarían en condiciones de gobernar mejor que aquel a quien están estudiando, sea para alabarlos o criticarlos. Tomemos dos ejemplos muy distantes en el tiempo. Platón, mientras aboga por su filósofo convertido en rey (o su rey convertido en filósofo) intenta fallidamente, un par de veces en su vida, tomar parte activa en la política de la colonia griega de Siracusa. Max Weber, por su parte, ya en el siglo XX, escribe sus páginas más lúcidas (*La política como vocación y Parlamento y gobierno en una Alemania reconstruida*), mientras busca insertarse, sin éxito, en el resbaladizo mundo de los partidos alemanes al final de la Primera Guerra Mundial.

Acá lo tenemos, entonces, a Maquiavelo. Recién expulsado de la vida política activa, la añora con toda su alma. Y, paradójicamente, de esa melancolía surgirá la potencia que terminará convirtiéndolas en sus reflexiones escritas. En los textos que siguen lo escuchamos, a través de una carta a su amigo Francesco Vettori, cómo son sus días y cómo terminará escribiendo las grandes obras que legará a la posteridad.

Texto: Carta a Francesco Vettori

Me dedico a cazar tordos. Me levanto a la mañana con el sol y me voy a un bosque mío que estoy haciendo talar, me quedo allí dos horas inspeccionando el trabajo del día anterior y pasando el tiempo con aquellos leñadores, que siempre tienen alguna desgracia entre manos, o con los vecinos. Cuando me alejo del bosque voy a una fuente, y de allí a una pajarera que tengo. Llevo un libro conmigo, Dante o Petrarca, o alguno de los poetas menores como Tibulo, Ovidio o alguno parecido: leo de sus pasiones amorosas y de sus amores, recuerdo los míos, gozo por un rato con estos pensamientos. Me encamino después a la hostería, hablo con los que pasan, les pido informes sobre lo que acontece en sus pueblos, escucho diversas cosas, y observo la variedad de gustos y fantasías de los hombres. Llegada entretanto la hora de almorzar, como con mi familia, el alimento que permite obtener esta pobre villa y reducidísimo patrimonio. Una vez que he comido vuelvo a la hostería: por lo común allí se encuentra el

hotelero, un carnicero, un molinero, dos tejeros. Con ellos me trenzo todo el día en juegos de cartas, de los que nacen mil contiendas e infinitas peleas con palabras injuriosas y donde la mayor parte de las veces se disputa por una moneda, y nuestros gritos se oyen desde San Casciano. Así enredado entre estos piojos, me limpio el cerebro de moho y desahogo la maldad de mi suerte, contento de que me pisotee así, para ver si no terminará avergonzándose de perseguirme.

Cuando llega la tarde vuelvo a mi casa y voy a mi escritorio, a la entrada me despojo de este traje cotidiano, lleno de fango y lodo, y me visto de ropas curiales y reales; y decentemente vestido entro en las antiguas cortes de antiguos hombres, donde amorosamente acogido por ellos, me alimento del único alimento verdaderamente mío y para el que he nacido; por eso hablo con ellos sin temor, y les pido que me expliquen el porqué de sus acciones; y ellos, por su humanidad, me responden; y por espacio de cuatro horas no siento aburrimiento y olvido todas las preocupaciones, no temo la pobreza ni me angustia la muerte; me sumerjo totalmente en ellos.

Acerca de los textos de Maquiavelo:

- ¿En qué contexto escribe Maquiavelo sus reflexiones y cuál es su sentido?
- ¿Por qué busca Maquiavelo ejemplos y ejes de reflexión en autores antiguos, en la mayoría de los casos inmensamente alejados de la realidad de su tiempo?

III. El otro gran texto de Maquiavelo. Discursos sobre la primera década de Tito Livio

Vamos a recorrer unas páginas de este libro, comenzado a escribir un poco antes que *El Príncipe*, pero cuya redacción le llevó a Maquiavelo mucho tiempo, tanto es así que lo concluyó bastante después que su obra más conocida.

El contenido formal del libro es la historia romana, usando como inspiración una parte de la voluminosa obra de Tito Livio. Pero eso es solo una excusa para reflexionar profundamente sobre toda la trama del accionar político. El objeto preferente de análisis será la *república*, a diferencia de *los principados*, tema de su otro libro. Maquiavelo no oculta su preferencia por los métodos republicanos de gobierno, siempre y cuando exista *virtud* para ejercerlo, no sólo entre los gobernantes, sino también en el propio pueblo.

Hemos seleccionado el capítulo IX, en el que Maquiavelo aboga por la necesidad de un liderazgo sin limitaciones a los efectos de la *fundación* exitosa de un Estado. Aquí, para lograrlo, nuestro autor aceptará cualquier acción, independientemente de la adjetivación moral que ésta nos merezca. Encontraremos, entonces, una de las argumentaciones más sólidas para la famosa frase nunca dicha por Maquiavelo y siempre atribuida a él, de que *el fin justifica los medios*.

Pero aún en este capítulo, que es donde el florentino más aboga por el gobierno absoluto, coloca inmediatamente, como una tarea para la *posteridad* de este gobernante absolutista, la necesidad de *crear una legislación*, dejar un límite insalvable a sus sucesores. Éstos ya no serán gobernantes sin límites: como no nacieron todos los días Rómulo, Moisés o Licurgo, y los políticos que los reemplazan están mucho más cerca de la corrupción de la naturaleza humana, aparece la necesidad de colocar el *límite* para evitar que se transformen en dictadores a su propio beneficio. La salida será una legislación sabia, dictada por el fundador, a la que se deberán someter sus sucesores.

Luego, presentaremos los capítulos LVII y LVIII. Aquí Maquiavelo, con una inteligencia suprema, presenta las fortalezas y debilidades del accionar de la multitud. Deduce su exacto poderío en un levantamiento, estableciendo la necesidad inmediata que de ella surja o sea designada una conducción política. Al mismo tiempo, nuestro autor hace una brillante comparación entre la *sabiduría* del gobernante y la del conjunto del *pueblo*, inclinándose claramente a favor de este último. Esta afirmación es una de las expresiones más claras que llevan a muchos estudiosos de los textos maquiavélicos a sostener que nos encontramos frente a un autor al que ideológicamente cabe catalogar como un republicano.

Capítulo IX: Cómo es necesario que sea uno solo quien organice una república de nuevo o quien la reforme totalmente fuera de sus antiguos usos

Alguien podrá pensar que me he adentrado demasiado en la historia romana sin mencionar todavía a ninguno de los organizadores de esa república y tampoco las reglas relativas a la religión o a la milicia. Entonces, para no mantener en suspenso los ánimos de quienes quieren saber algunas cosas sobre estos asuntos, empezaré diciendo que, seguramente, muchos consideran como un mal

ejemplo que el fundador de un orden civil como fue Rómulo, al principio haya matado a un hermano, consintiendo después la muerte de Tito Tacio Sabino, por él elegido como su compañero de reino, en el juicio de que sus ciudadanos, por ambición o deseo de poder, y con la autoridad de su príncipe, pudieran ofender a quienes se opusieran a su autoridad. Opinión esta que parecía verdadera, si no se consideraran los propósitos que lo indujeron a cometer dicho homicidio.

Y debe tomarse por regla general que, nunca o raras veces sucede que alguna república o algún reino hayan sido organizados bien desde el principio, o reformados totalmente de nuevo fuera de los usos antiguos, sino no son organizados por uno solo. Aún más, es necesario que sea uno solo quien proporcione el método y de cuya mente dependa todo ordenamiento semejante. Por eso, el organizador prudente de una república, que quiera beneficiar el bien común y no a sí mismo, y tampoco a su sucesión sino a la patria común, debe ingeniarse para tener la autoridad por sí solo, de modo que nunca un entendido en tales cosas le reprochará alguna acción extraordinaria que empleara para organizar un reino o constituir una república. Sucede que, si lo acusa el hecho, el efecto lo excuse, y cuando el efecto es bueno como el de Rómulo siempre lo excusará. Porque todo el que es violento en la destrucción debe ser reprendido, pero no el que es violento para componer. Y también debe ser prudente y virtuoso, de modo que no deje en herencia a otro la autoridad que ha conseguido, porque los hombres están más inclinados al mal que al bien y entonces su sucesor puede usar ambiciosamente lo que virtuosamente había sido empleado por él. Además, si uno es apto para organizar, lo organizado no puede durar mucho tiempo cuando cae sobre las espaldas de uno solo, sino cuando queda confiado al cuidado de muchos, y a muchos les interesa mantenerlo. Porque, así como muchos no pueden organizar una cosa, porque las distintas opiniones que hay entre ellos les impiden conocer qué es bueno, una vez que esto fue establecido no se avendrán a apartarse de ello. Y que Rómulo es de aquellos que en la muerte del hermano y del compañero merece excusa, y que lo hizo por el bien común y no por ambición propia, es algo demostrado por el hecho de organizar inmediatamente un Senado para tomar consejos de él y con cuyas opiniones tomaría decisiones. Y si juzgamos bien la autoridad que Rómulo se reservó, veremos que no solamente se reservó el mando de los ejércitos, en caso de decidir la guerra, sino también la convocatoria del Senado. Ello se comprobó después, cuando Roma se vio libre por la expulsión de los Tarquinos, y los romanos no hicieron innovación alguna en el orden antiguo sino que, en lugar de un Rey perpetuo, hubiera dos cónsules anuales. Esto es un testimonio de que todos los ordenamientos primeros de la ciudad fueron más conformes a una vida civil y libre que a una absoluta y tiránica.

En sustento de las cosas citadas, se podrían dar infinitos ejemplos, como los de Moisés, Licurgo, Solón y otros fundadores de reinos y de repúblicas que, por el hecho de haberse atribuido una autoridad, pudieron redactar leyes respecto del bien común, pero quiero dejarlos de lado, por ser algo sabido. Aduciría solamente uno, no tan célebre pero digno de ser considerado por quienes desearan ser legisladores de buenas leyes. Se trata de Agis, rey de Esparta, que quería llevar de nuevo a los espartanos dentro de los términos en que las leyes de Licurgo los habían encerrado, por parecerle que su ciudad había perdido mucho de aquella

antigua virtud y, por lo tanto, fuerza e imperio, en cuanto se habían desviado de ellos y, entonces, fue muerto en sus principios por los éforos espartanos como hombre que quería convertirse en tirano. Pero, cuando le sucedió en el reino Cleómenes, a quien le surgió el mismo deseo a causa de los recuerdos y escritos que de Agis había hallado, y donde se veía cuáles eran sus razones y sus propósitos, creyó que no podía hacer este bien a su patria si no se convertía en el único con autoridad porque la ambición de los hombres, según él, no le permitía ser útil a muchos contra el deseo de pocos. Entonces, cuando lo creyó conveniente, hizo matar a todos los éforos y a todos los que se le podían oponer y después restauró por completo las leyes de Licurgo. Fue una decisión que podía hacer resucitar a Esparta, y darle a Cleómenes la reputación que había tenido Licurgo, de no surgir la potencia de los macedonios y la debilidad de las otras repúblicas griegas. Porque, después de tal restauración, fue atacado por los macedonios y, encontrándose en sí mismo inferior de fuerzas, y no teniendo a quién recurrir, fue vencido, y aquel proyecto suyo, aunque justo y laudable, quedó inacabado.

Considerando entonces todas estas cosas, concluyo diciendo que para organizar una república es necesario estar solo en el poder, y que Rómulo merece excusa y no reproches por la muerte de Remo y de Tito Tacio.

Capítulo LVIII: La plebe reunida es valiente, pero dispersa es débil

Después de la ruina de su patria, que siguió a la incursión de los franceses, muchos romanos se habían ido a vivir a Veyas, contra la constitución y las órdenes del Senado que, para resolver este desorden, mandó por sus edictos públicos que todos, dentro de un determinado tiempo y bajo amenaza de ciertos castigos, volvieran a vivir en Roma. Al principio, aquellos contra quienes iban dirigidos los edictos, se mofaron de ellos pero, después, cuando llegó el momento de obedecer, todos obedecieron. Y Tito Livio dice estas palabras: “Ex ferocibus universi singuli metu suo obedientes fuere” (De furiosos que eran todos juntos, se volvieron obedientes de a uno). Y, por cierto, no se puede mostrar mejor la naturaleza de una multitud como lo demuestra este texto. Porque la multitud es audaz al hablar muchas veces contra las decisiones de su príncipe pero, después, cuando ven el castigo en el rostro, desconfiando el uno del otro, corren a obedecer. Entonces, vemos ciertamente que no debes tener demasiado en cuenta todo lo que se diga acerca de la buena o mala disposición de un pueblo, cuando lo organizas de modo tal que puedas mantenerlo así si está bien dispuesto y, si está mal dispuesto, de poder prever que no te ofenda. Esto se entiende en el caso de los pueblos cuyas malas disposiciones han nacido de cualquier otra razón que la pérdida de la libertad o de su príncipe, amado por ellos y todavía vivo, porque las malas disposiciones que nacen de estas causas, ante todo son temibles, y necesitan grandes remedios para ser frenadas, en tanto las otras malas disposiciones serán fáciles de reprimir cuando los pueblos no tengan jefes a quienes dirigirse. Porque, por un lado, no hay nada más temible que una multitud dispersa y sin cabeza y, por otro lado, no hay nada más débil porque, aunque tenga las armas en la mano, será fácil reducirla, siempre que puedas escapar a su primer impulso; en cuanto los hombres, cuando se enfrían un poco, y cada uno ve que debe

volver a su casa, empiezan a dudar de sí mismos y a pensar en su salvación, huyendo o conciliando. Pero, una multitud tan excitada, si quiere escapar de estos peligros, inmediatamente debe tener en sus propias filas un jefe que la corrija, manteniéndola unida, y que piense en su defensa, como hizo la plebe romana cuando, después de la muerte de Virginia, se fue de Roma y, para salvarse, eligió entre sus hombres veinte Tribunos. Y, si no se procede así, sucederá lo que dice Tito Livio en las palabras anteriores: que todos juntos son valientes pero, cuando después cada uno empieza a pensar en propio peligro, se vuelven viles y débiles.

Capítulo LVIII: La multitud es más sabia y más constante que un príncipe

Nada es más vano y más inconstante que la multitud, afirma nuestro Tito Livio, como todos los otros historiadores. Porque, al narrar las acciones de los hombres, suele suceder que se vea a la multitud condenando a alguien a muerte y, después, este mismo es llorado y sumamente deseado, como vemos que hizo el pueblo romano en el caso de Manlio Capitolio, a quien condenó a muerte y, después, lo deseó sumamente. Y las palabras del autor son éstas: “Populum brevi, posteaquam ab eo periculum nullum erat, desiderium Rius tenuit” (En poco tiempo el pueblo, cuando ya no había ningún peligro por él, fue asaltado por la añoranza”, Livio, III, 48). Y, en otro lugar, cuando cuenta los incidentes que surgieron en Siracusa después de la muerte de Girolamo, sobrino de Hierón, dice: “Haec natura multitudinis est: aut humiliter servit, aut superbe dominatur”. (Tal es la naturaleza de la multitud: someterse humildemente, o dominar soberbiamente, *ibid*). No sé si me meteré con una provincia dura y tan llena de dificultades que me obligará a abandonarla con vergüenza o perseverar en ella, queriendo defender una causa a la que, como he dicho, todos los autores acusan. Pero, como sea, no juzgo ni juzgaré jamás que sea un defecto defender cierta opinión con las razones, sin querer usar la autoridad o la fuerza. Digo entonces que aquel defecto de que acusan los autores a la multitud, es algo de lo que se puede acusar a todos los hombres en particular y, especialmente, a los príncipes porque, todo el que no está reglado por las leyes cometerá los mismos errores que la multitud desenfrenada. Y esto se puede saber muy fácilmente, porque hubo y hay muchos príncipes, pero buenos y sabios pocos, es decir, los príncipes que han podido romper los frenos que los podían corregir, entre los cuales no están los reyes que había en Egipto, cuando en aquella antiquísima antigüedad la provincia se gobernaba con las leyes, ni los de Esparta, ni aquellos que en nuestros tiempos viven en Francia, reino moderado por las leyes más que ningún otro reino del cual se tienen noticias hoy. Y, los reyes que nacen bajo tales constituciones no pueden incluirse en esa nómina donde debe considerarse si la naturaleza de cada hombre por sí mismo es semejante a la naturaleza de la multitud. Porque debería comparárselos con una multitud igualmente reglada por las leyes como lo están ellos y, en ella, se encontrará la misma bondad que vemos en éstos, y la veremos no dominar con soberbia y tampoco servir con humildad, como en el caso del pueblo romano que, mientras duró la república incorrupta, nunca sirvió con humildad ni dominó con soberbia, y aún con sus reglas y sus magistrados mantuvo su lugar honrosamente. Y, aún si era necesario sublevarse

contra un poderoso, lo hacía, como se vio con Manlio, con los Diez y con otros que buscaron oprimirlo y, cuando era necesario obedecer a los dictadores y a los cónsules por la salud pública, lo hacía. Y no debe asombrar que el pueblo romano deseara a Manlio Capitolino muerto, porque deseaba sus virtudes, que habían sido tales que su memoria acarrea la compasión de todos, y por fuerza habrían tenido el mismo efecto en un príncipe: porque es sentencia de todos los escritores que la virtud se elogia y se admira aún entre los enemigos, y si Manlio hubiera resucitado entre tantos deseos, el pueblo de Roma lo hubiera juzgado del mismo modo que antes, cuando lo sacó de la cárcel y poco después lo condenó a muerte, y también vemos príncipes considerados sabios que han hecho morir a alguna persona y, después, le han deseado sumamente, como le sucedió a Alejandro con Clito y sus otros amigos, y a Herodes con Mariana. Pero, lo que nuestro historiador dice de la naturaleza de la multitud, no lo dice de la que es controlada por las leyes, como la romana, sino de la desenfadada, como la de Siracusa, que cometió los mismos errores de los hombres enfurecidos y desenfadados, como Alejandro Magno y Herodes en los casos citados. Sin embargo, no se debe culpar a la naturaleza de la multitud más que a la de los príncipes, porque todos yerran igualmente cuando todos pueden equivocarse sin temores. De lo cual, además de los citados, hay muchos ejemplos entre los emperadores romanos y entre los tiranos y príncipes, donde vemos tanta inconstancia y mutabilidad de vida como no se encuentra en multitud alguna.

Concluyo entonces contra la opinión común que dice que los pueblos son variables, mutables e ingratos cuando detentan el poder, afirmando que, en ellos, no hay otros pecados que en los príncipes particulares. Y, si alguien acusara a la vez a algunos pueblos y príncipes, podría decir la verdad pero, si exculpa a los príncipes, se engaña, porque un pueblo que manda y está bien organizado, será tan estable, prudente y agradecido como un príncipe estimado sin embargo sabio, o más aún que él y, por otro lado, un príncipe alejado de las leyes será más ingrato, variable e imprudente que un pueblo. Y, la variación de su proceder nace no de su naturaleza diversa porque, en todos es de un modo y, si hay ventaja para alguien, es para el pueblo, sino de tener más o menos respeto por las leyes en las cuales uno y otro viven. Y, quien considere al pueblo romano, verá que por cuatrocientos años fue enemigo del título real y amante de la gloria y del bien común de su patria, y verá en sus actos muchos ejemplos, que testimonian lo uno y lo otro. Además, si alguien me alegara la ingratitud que tuvo con Escipión, contesto lo que antes largamente he dicho sobre esta materia, y donde se ha demostrado que los pueblos son más agradecidos que los príncipes. Pero, en cuanto a la prudencia y a la estabilidad, digo que un pueblo es más prudente, más estable y de mejor juicio que un príncipe. No sin razón la voz de un pueblo se parece a la voz de Dios, porque vemos que la opinión general produce efectos asombrosos en sus pronósticos, de modo que parece que, por oculta virtud, prevé su mal y su bien. En cuanto a juzgar las cosas, cuando él escucha dos opiniones que tienden a distintas partes y, si ellas son de igual virtud, rarísimas veces se ve que no elija la opinión mejor, y que no comprenda la verdad que escucha. Y, como se ha dicho antes, si en las empresas valerosas o que parecen útiles se equivoca, muchas veces se equivoca también un príncipe en sus propias pasiones, que son

mucho más numerosas que la de los pueblos. También se ve en su elección de los magistrados, que hace mejor que un príncipe, y nunca se convencerá a un pueblo que esté bien asignar la dignidad pública a un hombre infame y de costumbres corrompidas, cosa de la que fácilmente y por mil vías se puede hacer con un príncipe; y vemos cómo un pueblo comienza a tomarle horror a algo, y permanece muchos siglos en esta opinión, cosa que no vemos en un príncipe. De una y otra de estas cosas, quiero que me alcance como testigo el pueblo romano que, en muchos centenares de años, en muchas elecciones de cónsules y de tribunos, solo hizo cuatro elecciones de las que debiera arrepentirse. Y, como he dicho, rechazó tanto el título real que ninguna obligación con alguno de sus ciudadanos que intentara dicho título, pudo hacer escapar a éste de los debidos castigos. Además, vemos que las ciudades donde los pueblos son soberanos hacen en breve tiempo extraordinarios progresos, mucho más grandes de los que siempre ha habido bajo un príncipe, como hizo Roma después de la expulsión de los reyes y Atenas después de liberarse de Pisístrato. Lo que solo pude hacer del hecho de que los gobiernos de los pueblos son mejores que los gobiernos de los príncipes. Y no quiero que se oponga a esta opinión mía aquello que nuestro historiador dice de ello en el texto citado y en cualquier otro porque, si se comparan entre sí todos los desórdenes de los pueblos y todos los desórdenes de los príncipes, veremos que el pueblo es largamente superior en bondad y en gloria. Y si los príncipes son superiores en el ordenamiento de las leyes, en la formación de vidas civiles, en el ordenamiento de estatutos y de órdenes nuevos, los pueblos son igualmente superiores en la conservación de las cosas ordenadas, que agregan sin dudas a la gloria de quienes las ordenan.

En suma, para concluir esta materia, digo: así como los estados de los príncipes han durado mucho, también han durado mucho los estados de las repúblicas y los unos y los otros han necesitado ser regulados por leyes, porque un príncipe que puede hacer lo que quiere está loco, y un pueblo que puede hacer lo que quiere no es sabio. Si razonamos entonces sobre un príncipe obligado a las leyes y un pueblo encadenado por ellas, veremos más virtud en el pueblo que en el príncipe y, si razonamos sobre ambos libres de cualquier sujeción, veremos menos errores en el pueblo que en el príncipe, y menores serán sus errores, y con mejores remedios. Además, a un pueblo licencioso y desordenado un hombre bueno puede convencerlo y, fácilmente, puede ser llevado al buen camino pero, a un mal príncipe nadie puede hablarle y, para él, no hay otro remedio que la espada. De lo que se puede hacer la conjetura sobre la importancia de la enfermedad en el uno y en el otro porque, si para curar la enfermedad del pueblo bastan las palabras, y para el príncipe se necesita la espada, nunca habrá alguien que no juzgue que donde se necesita mayor cura hay mayores errores. Cuando un pueblo está bien resuelto, no se temen las locuras que pueda hacer, y no se temen los males presentes, sino el que puede nacer de él, porque entre tanta confusión puede nacer un tirano. Pero con los malos príncipes sucede lo contrario, porque se teme el mal presente, y se tienen expectativas sobre el futuro, convenciéndose los hombres de que su mala vida puede hacer surgir libertad. Vean entonces la diferencia entre lo uno y lo otro, y ello es la misma diferencia entre las cosas que son y las que pueden ser. Las crueldades de la multitud están contra quienes ella

teme que se apoderen del bien común, las de un príncipe contra quienes él teme que le quiten el bien propio. Pero, la opinión contra el pueblo nace porque de los pueblos todos hablan mal sin temor y libremente, aun mientras ellos reinan; de los príncipes siempre se habla con mil temores y vacilaciones. [...]

Acerca de los textos de Maquiavelo:

- ¿Qué relación establece Maquiavelo entre la violencia, e incluso el crimen político, y la necesidad de un liderazgo único?
- ¿Por qué opina Maquiavelo que el liderazgo único es bueno para la fundación de un Estado, pero luego debe ser reemplazado por el gobierno de las leyes?
- ¿Cuál es la diferencia entre una multitud con y sin jefatura política?
- A juicio de Maquiavelo, ¿cuál es la mejor forma de gobierno, el principado o la república (gobierno del pueblo)? ¿Por qué?
- ¿Qué argumentos se pueden esgrimir para sostener que Maquiavelo es el creador del planteo de *no importan los medios para alcanzar un fin determinado*?
- ¿Qué relaciones se pueden señalar entre esta valoración del pueblo y el lugar descollante que, en su esquema, le da Maquiavelo a la conducción política?

IV. El líder político y el teórico de la política: una relación conflictiva. El Príncipe

Hacer política versus analizar la política. Se trata de dos praxis diferentes, escasamente unidas en unos pocos. ¿Lenin quizás? ¿Tal vez Napoleón Bonaparte? ¿Los inmensos tomos de memorias de Winston Churchill? ¿Gramsci con sus reflexiones carcelarias?... Pero es un hecho que la inmensa mayoría de los líderes no han desarrollado *teoría* acerca de la política. Será por eso tal vez que muchos aprendices recurren a otro género, la autobiografía o la *memoria* donde, en el otoño de sus retiros, más de un gran actor de décadas pasadas nos cuenta y reflexiona, a veces develando algún secreto, los misterios de su paso por el mundo de la disputa por el poder.

La teoría o, usando un término del siglo XX, la *ciencia* política se nutrió, en cambio, de pensadores, filósofos o sociólogos. La inmensa mayoría de ellos buscó una respuesta, un sentido o una conclusión filosófica.

No es el caso de Maquiavelo. Su conocimiento proviene de la experiencia de algunos años de recorrer cortes como funcionario y de sus profundas lecturas históricas, y escribe *El Príncipe* para *aconsejar* a un líder político. Se trata, en un primer recorrido, de casi un catálogo del *buen hacer* (a su juicio, por supuesto) en la actividad política. Resulta interesante comparar este *regalo* (pues de eso se trata), con la Introducción a su otra gran obra, los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, algunas de cuyas páginas recorrimos en el capítulo precedente. A modo de ejercicio inicial, y casi como contrapunto con la introducción a *El Príncipe*, ese prólogo resulta desconcertante: *...elegirlos a ustedes, a quienes dedico estos Discursos (se refiere a dos amigos –nota de la edición–)... porque al actuar de este modo, me parece haber demostrado cierta gratitud por los beneficios recibidos de ustedes y también porque me parece haber escapado al uso común de quienes escriben, acostumbrados a dedicar sus obras a algún príncipe y, cegados por la ambición y la avaricia, a alabarlos por todas sus cualidades virtuosas cuando, por toda vituperable acción deberían censurarlos. Entonces yo, para no caer en ese error, he elegido no a quienes son príncipes, sino a aquellos que, por sus buenas cualidades, merecerían serlo, no a quienes podrían colmarme de empleos, honores y riquezas, sino a aquellos que, no pudiendo, quisieran hacerlo. (Niccolò Machiavelli a Zanobi Boundelmonti y Cosimo Rucellai. Salut, introducción a los Discursos sobre la primera década de Tito Livio).*

Casi de manera simultánea a la redacción de estas páginas, Maquiavelo escribe *El Príncipe*, y en su dedicatoria hace todo lo contrario a lo que acabamos de leer. Así nuestro autor, según sus propios adjetivos *cegado por la ambición y la avaricia*, produce su breve librito para Lorenzo de Médicis. ¡Qué paradoja! Esa obra, más pequeña, más utilitaria, con la *marca* del pecado de la ambición, llena de alabanzas a un líder que difícilmente las mereciera, atravesará los siglos, y se convertirá en uno de los textos clásicos fundantes del pensamiento político moderno. Leamos este prólogo, donde un *humillado* Maquiavelo se justifica explicando por qué está en condiciones de reflexionar sobre los hechos políticos.

Texto: Nicolás Maquiavelo al Magnífico Lorenzo de Médicis

Quienes desean ganarse el favor de un príncipe, suelen las más de las veces salirle al paso con cuanto les es más caro o ven que le place más. De ahí que se vea con frecuencia cómo les son presentados caballos, armas, paños recamados en oro, piedras preciosas y adornos semejantes dignos de su grandeza. Y deseando también yo ofrecerme a Vuestra Magnificencia con algún testimonio de mi obligación hacia ella, no he hallado entre mis enseres nada que me sea más querido o aprecie tanto como el conocimiento de las acciones de los grandes hombres, aprendido mediante una larga experiencia de los hechos modernos y una continua lectura acerca de los antiguos; que, tras haberlos examinado y meditado considerada y largamente, y resumidos ahora en un breve volumen, ofrezco a Vuestra Magnificencia.

Y sin bien juzgo esta obra indigna de llegar a Vos, confío no obstante que por humanidad habrá de acogerla, considerando que ningún don mayor quepa esperarse de mí que ponerle en disposición de aprender en muy breve tiempo cuanto yo, luego de tantos años y penalidades, he llegado a conocer. Obra esta que no he adornado ni recargado con amplios períodos o frases ampulosas y grandilocuentes, ni con ninguna otra pomposidad u ornato superfluo con los que tantos suelen describir y exornar sus metas; pues ha sido mi intención o que por nada se distinga o que sólo se atraiga por la variedad de la materia o la importancia del asunto. Ni es mi deseo que se considere presunción el que un hombre de baja e ínfima condición se atreva a cavilar y reglar el gobierno de los príncipes; porque al igual que quienes dibujan el paisaje se sitúan en la llanura para calibrar la naturaleza de los montes y de los lugares elevados, y sobre los montes para calibrar las del llano, del mismo modo es menester ser príncipe para conocer a fondo la naturaleza de los pueblos, pero ser del pueblo para conocer a fondo la de los príncipes.

Acepte pues Vuestra Magnificencia este pequeño regalo con el mismo ánimo que yo se lo envió; de tenerlo en cuenta y leerlo con atención, percibirá el profundo deseo que me embarga: que alcancéis esa grandeza que la fortuna y vuestras demás cualidades prometen. Y si, desde el ápice de su altura, lanzara alguna vez Vuestra Magnificencia una mirada hacia parajes tan bajos, sabrá entonces cuán indignamente sufro la larga e incesante malignidad de la fortuna.

Acerca de los textos de Maquiavelo:

- ¿Por qué Maquiavelo sostiene que está en condiciones de dar consejos al Príncipe?
- ¿Qué tipo de conocimiento está ofreciendo Maquiavelo a Lorenzo de Médicis?

V. ¿Cómo se clasifican los Estados?

Maquiavelo se encuentra a la búsqueda de un nuevo *principado*. De hecho, está fundando un nuevo modo de dominación política que ya estaba tomando forma en otras geografías de Europa: el Estado Nación. ¿Cómo se han formado, y, lo más importante, cómo se han consolidado las distintas instancias políticas de dominación que aquí Maquiavelo llama *principados*? En este libro veremos que nuestro autor no analiza las *repúblicas*. Tal vez porque esa ha sido, justamente, la materia de su obra sobre Tito Livio. O, a lo mejor, porque sospecha que las repúblicas exigen un grado de *virtud* tanto en el gobernante, como en los notables y aún en el pueblo, que no se encuentran presentes en las sufridas e inestables ciudades italianas del siglo XV, objeto presente de sus reflexiones.

Por eso esta clasificación inicial que aparece en el texto no nos remite a las diferencias entre regímenes políticos (monarquía, aristocracia y democracia, u otra categorización semejante), sino que tiene como foco de atención el cómo se ha logrado obtener, mantener, acrecentar o perder el poder. La lucha por el poder va quedando ya, desde este primer capítulo, como el eje central de las interrogaciones maquiavélicas.

Capítulo I: De cuántos son los tipos de principados y de qué formas se adquieren

Todos los Estados, todos los dominios que han tenido y tienen imperio sobre los hombres han sido y son repúblicas o principados. Los principados son, o hereditarios, cuando el linaje de su señor haya sido por largo tiempo dominante, o nuevos. Los nuevos, o lo son del todo, como lo fue Milán para Francesco Sforza, o son como miembros añadidos al Estado hereditario del príncipe que los adquiere, como el reino de Nápoles para el rey de España. Y los dominios así adquiridos, o están acostumbrados a vivir bajo un príncipe, o habituados a ser libres y se adquieren o con las armas de otro o con las propias, por medio de la fortuna o de la virtud.

Acerca de los textos de Maquiavelo:

- ¿Cómo clasifica Maquiavelo los distintos tipos de Estado? ¿Qué criterio utiliza?
- ¿Por qué Maquiavelo opta por este tipo de clasificación, en lugar de las clásicas de la teoría política (las de Platón o Aristóteles)?

VI. El poder como parte del orden natural de las cosas

Maquiavelo va a pasar rápidamente, en este capítulo, sobre los Estados *fáciles de conservar*. Parece aconsejarnos que bastaría con no transgredir ni infringir el orden de los ancestros. Sólo se trata de ser lo suficientemente cuidadoso como para no estropear el discurrir del *orden natural de las cosas*.

Sin embargo resulta interesante lo *no escrito* en este capítulo. Detrás del severo consejo de *no innovar, no mutar* ¿qué decir del *origen* de ese principado?

El silencio de Maquiavelo nos remite a un hecho omnipresente en toda su obra: en todo origen hay un hecho sangriento, una lucha, un asesinato, un *Rómulo sacrificador de su hermano*. No hay que mencionarlo, o si se lo hace, rodear a ese origen de un halo sagrado: es el tiempo heroico de los próceres, hoy de bronce, a los que no se los cuestiona, transformados en *padres de la patria*, casi santos, y sin intereses materiales en la fundación de ese Estado. Si solo con mantener las leyes y administrar correctamente no se deberían perder estos principados, la historia marca también que, en todos los casos, esto ha estado acompañado por un *relato fundador*, el del nacimiento de la patria, donde se exorciza al primer líder, al fundador, de todo pecado.

Capítulo II: De los principados hereditarios

[...]

Así pues, afirmo que en los Estados hereditarios y hechos al linaje de su príncipe, las dificultades para conservarlos son bastante menores que en los nuevos, pues basta con no abolir el orden de sus antepasados y además con adaptarse a las circunstancias, de modo que si dicho príncipe posee una habilidad normal preservará siempre su Estado, a no ser que una fuerza extraordinaria y excesiva se lo arrebate; y aún así, al menor infortunio del atacante lo recuperará.

[...]

Pues el príncipe natural tiene menos motivos y menor necesidad de causar daño, lo que le hace ser más amado; y si vicios extraordinarios no le granjearon odio, razonable será la natural benevolencia de los suyos. Y es que en la antigüedad y continuidad de la dominación se extinguen los recuerdos y motivos de las innovaciones, ya que toda mutación deja el terreno preparado para la construcción de otra.

Acerca de los textos de Maquiavelo:

- ¿Por qué es sencillo gobernar un Estado que se recibe en herencia?
- ¿Por qué, sin embargo, tantas veces se produce la caída de esos Principados hereditarios?

VII. Del *principado* al Estado Nación moderno: la ampliación mediante anexiones

Los capítulos III y IV de la obra analizada examinan una cuestión central para Maquiavelo: el tema del agrandamiento de la extensión geográfica del Estado. Acerca de cómo, sucesivamente, ese principado va asumiendo la forma de un Estado Nación. Tendremos que esperar al último capítulo del libro para comprender a fondo la intencionalidad política en juego.

Pero este objetivo, hacer un solo cuerpo con nuevos Estados anexados, plantea los delicados problemas de la heterogeneidad de las costumbres y aun de la lengua. Aparece aquí una cuestión: si esta diferencia es tan grande ¿se puede todavía hablar de un arco común histórico de solidaridades como para llamar *nación* a aquel territorio y aquella población sobre la que se pretende erigir un Estado?

Maquiavelo nos plantea interrogantes que recorrerán la historia europea hasta el propio siglo XX: ¿Gran Bretaña es una *nación*? ¿Qué piensan de esta afirmación escoceses, galeses o, más sangrientamente, los católicos irlandeses? ¿Qué es Alemania? ¿Cómo constituir la y pensarla como nación? ¿Es posible su unificación estatal? Y, mucho más cerca de la reflexión maquiavélica: ¿existe una unidad de lenguas y costumbres, y un fondo común histórico como para hablar de la *nación italiana*? Todas estas preguntas nos sobrevuelan mientras leemos el listado de problemas, y las posibles soluciones, que plantea nuestro autor cuando el invasor ingresa a nuevos territorios y, desde ahí, trata de consolidar su poder.

Capítulo III: De los principados mixtos

Las dificultades se dan, en cambio, en el principado nuevo. Y si no es del todo nuevo, sino una especie de miembro de otro, pudiéndose el conjunto casi llamar principado nuevo, los cambios derivan, en principio, de una dificultad natural, presente en todos los principados nuevos, a saber: que los hombres cambian de buen grado de señor con la esperanza de mejorar, lo que les hace tomar las armas contra él; mas se engañan, al constatar luego por experiencia su empeoramiento. Eso depende de otra necesidad natural y común, la de que es menester siempre causar daño a aquellos de los que se termina siendo príncipe nuevo, sea mediante la tropa o con la infinidad de agravios que la nueva adquisición lleva consigo. De este modo, tienes por enemigos a cuantos has agraviado al ocupar dicho principado, y no puedes conservar el favor de quienes te facilitaron la entrada, dado que ni estás en grado de dar satisfacción a cuanto habían imaginado ni está en tu poder emplear en su contra medicinas fuertes, al haber contraído obligaciones con ellos; y es que, por fuerte que sea uno al frente de su ejército, siempre requiere del apoyo de los naturales del lugar para introducirse en él. Por razones así Luis XII de Francia ocupó Milán en un suspiro y en un suspiro lo perdió; bastaron para arrebatárselo la primera vez las fuerzas de Ludovico, pues los mismos que le habían abierto la puerta, desengañados de su error y del futuro bien supuesto, no podían soportar la carga del nuevo príncipe.

Es, sí, cierto que al conquistar una segunda vez los lugares rebelados se pierden más difícilmente, pues el señor, escudándose en la rebelión, guarda menos compostura para afirmarse, y castiga a los delinquentes, descubre a los sospechosos, asegura los puntos más débiles.

[...]

Afirmo, por tanto, que los Estados que, conquistados, se añaden al ya poseído por quien los conquista, o son del mismo ámbito geográfico y tienen idéntica lengua, o no. Si lo son, resulta sumamente fácil conservarlos, máxime si no están habituados a vivir libres; para poseerlos con seguridad basta con haber extinguido la estirpe del príncipe dominante, pues en lo demás, preservando sus antiguas condiciones de vida y no habiendo disparidad de costumbres, los hombres se mantienen en calma.

[...]

Quien los adquiera, si desea conservarlos, debe poner en práctica dos máximas: una, extinguir la estirpe del antiguo príncipe; la otra, no modificar ni sus leyes ni sus tributos. De ese modo, en muy poco tiempo, el reciente y el antiguo principado pasan a formar un único cuerpo.

Es al adquirir Estados en un territorio diverso por su lengua, sus costumbres y sus instituciones, cuando surgen las contrariedades, y cuando se requiere de gran fortuna y gran habilidad para conservarlos. Uno de los mejores y más sólidos remedios es que la persona que los adquiere traslade allí su residencia, cosa que volvería más segura y perdurable la posesión. [...] Desde el lugar se ven nacer los desórdenes, y con celeridad se les puede poner remedio; desde lejos, se tiene noticia cuando son grandes, y ya no tienen remedio. Además, el territorio no sufrirá pillaje por parte de tus subordinados, y a los súbditos complace el expedito acceso al príncipe. De ahí que tengan más motivo para amarlo si quieren ser buenos, o para temerlo si quieren ser de otra manera.

[...]

El otro remedio mejor consiste en establecer colonias en uno o dos lugares, que hagan como de grilletes de cada Estado; o eso, o por fuerza ocuparlo militarmente. Las colonias no salen caras, y sin gasto, o apenas, se las envía y mantiene; además, tan sólo se injuria a la exigua minoría a la que se expropian los campos y las casas que se entregan a los nuevos habitantes; y esos injuriados, quedando dispersos y empobrecidos, nunca lo pueden perjudicar. Todos los otros permanecen, de un lado, sin injuriar, lo que los debería mantener en calma, y de otro temerosos de equivocarse, por miedo que les suceda lo que a los ya expoliados. En conclusión: estas colonias no cuestan, son más fieles e injurian menos, y los injuriados, como se ha dicho, no pueden perjudicar al estar empobrecidos y dispersos. De lo que cabe advertir que a los hombres o se les mina o se les aniquila, pues se vengan de las injurias leves, ya que de las graves no pueden; o sea, que la afrenta hecha a un hombre ha de ser tal que no quepa temor a su venganza.

Si en lugar de colonias se opta por la ocupación militar, ésta será mucho más costosa, pues la vigilancia de un Estado consumirá todos los ingresos procedentes del mismo, al punto que la adquisición se torna pérdida; también la afrenta es mayor, pues se perjudica a todo el Estado con los cambios de alojamiento

del ejército, que a todos llena de malestar y del que cada uno se convierte en enemigo: un enemigo que le puede perjudicar, al permanecer derrotado en su territorio. Se mire por donde se mire inútil es, pues, la ocupación, como útiles son las colonias.

Asimismo, quien se halle en un territorio tal debe, como se ha dicho, convertirse en jefe y protector de los naturales menos poderosos, y arreglárselas para debilitar a los poderosos del mismo, además de prevenir la menor contingencia que haga factible la entrada en el reino de un extranjero tan poderoso como él. En efecto, es el orden de las cosas que tan pronto como un extranjero poderoso hace su entrada en un país, todos los que en él tienen menos poder se le adhieran, envidiosos como están de quien, más poderoso, ha estado por encima de ellos; al punto que, respecto de los menos poderosos, aquel no tendrá que esforzarse en absoluto para ganárselos, pues de inmediato forman una piña con el Estado recién obtenido. Su sola preocupación ha de ser evitar que adquieran fuerzas o poder en demasía; así, con sus fuerzas propias y el favor de aquellos podrá con facilidad reducir a los poderosos y permanecer en todo ámbito de dicho país. Quien no sepa administrarse con soltura en este aspecto, pronto perderá cuanto haya obtenido, y en tanto lo preserve habrá de afrontar una infinitud de problemas e inconvenientes.

Los romanos supieron observar esos puntos en los dominios que tomaron: establecieron colonias, se atrajeron a los menos poderosos sin acrecentar su poder, redujeron a los poderosos e impidieron que todo extranjero poderoso ganara reputación. [...] Los romanos, en efecto, hicieron en esos casos lo que todo príncipe sabio debe hacer: prestar atención no sólo a los desórdenes presentes, sino también a los futuros, recurriendo a toda su habilidad para evitarlos. Y es que, cuando se lo prevé a tiempo, el remedio es fácil, pero si se espera a que se echen encima la medicina no servirá, porque el mal se habrá vuelto incurable. Sucede aquí como dicen los médicos del enfermo de tisis, que en los inicios su mal es fácil de curar y difícil de conocer, mas con el correr del tiempo, al no haber sido ni conocido ni medicado, se vuelve fácil de conocer y difícil de curar. Eso mismo ocurre con los asuntos de Estado: conocidos con antelación, lo que sólo es dado a alguien prudente, los males que en él surgen pronto sanan; pero cuando, por desconocimiento, se les deja crecer al punto de hacerse evidentes para todos, ya no cabe ningún remedio.

Por eso los romanos, viendo venir de lejos las dificultades, les pusieron siempre remedio, y jamás las dejaron proseguir para rehuir una guerra, sabiendo que la guerra no se evita, sino que se difiere para ventaja de los demás; así hicieron la guerra contra Filipo y Antíoco en Grecia para no tener que hacerla contra ellos en Italia; y podían entonces eludir una y otra, mas no quisieron. Tampoco fue nunca de su gusto eso que a diario está en boca de los sabios de nuestra época, el beneficiarse del paso del tiempo, y sí, en cambio, el conducirse según su virtud y prudencia: es que el tiempo todo lo arrastra consigo, y puede comportar bien y mal, o mal y bien.

Capítulo IV: Por qué razón el reino de Darío, que Alejandro ocupara, a su muerte no se rebeló contra sus sucesores

Consideradas las dificultades que conlleva mantener un Estado recién adquirido, podría alguien sorprenderse de por qué Alejandro se convirtió en señor de Asia en unos años, muriendo al poco de ocuparla; lo razonable, parece, era que el reino todo se rebelase; empero, los sucesores de Alejandro lo mantuvieron, y sin más dificultades que las nacidas en su propio seno debidas a su ambición.

Respondo que los principados de los que tenemos memoria están gobernados de dos modos diversos: o por un príncipe flanqueado por siervos que, en cuanto ministros por gracia y concesión suya, ayudan en el gobierno; o por un príncipe y por nobles que, no por la gracia del señor sino por la antigüedad de su linaje, ostentan dicho cargo. Tales nobles poseen territorios y súbditos propios, que les reconocen por señores y de cuya natural afección gozan.

En los estados que se gobiernan por medio de un príncipe y de siervos la autoridad del príncipe es mayor, porque en todo el territorio nadie reconoce a otro superior que a él; y si obedecen a cualquier otro, lo hacen en cuanto ministro y servidor suyo, sin que medie además el menor afecto.

Ejemplos actuales de esa diversidad en el gobernar son el Turco y el rey de Francia. La monarquía turca está toda ella en manos de un único señor, siendo los demás sus siervos. Divide su reino en sanjacados, envía allí diversos administradores, y los cambia y sustituye como le parece. En cambio, el rey de Francia está situado en medio de una multitud de señores de raigambre, reconocidos en el reino por sus súbditos y amados por ellos, y gozando de privilegios hereditarios que el rey no les puede sustraer sin peligro para sí.

Así, quien medite sobre uno y otro Estados, hallará difícil de conquistar el Estado turco, pero, lograda la victoria, fácil de conservar. Las razones de las dificultades de ocupar el reino del Turco radican en no poder ser llamado por príncipes del mismo, ni esperar que la rebelión de quienes le rodean pueda facilitar su empresa, lo que surge de las razones antevistas. Y es que, al ser todos esclavos suyos y estarle obligados, se corrompen con mayor dificultad, y aunque lo hicieran, escaso beneficio se recabará de ello, ya que, por las razones señaladas, serán pocos quienes le sigan. De ahí que, quien ataque al Turco, ha de hacerse a la idea de que necesariamente encontrará un frente unido, y de que le conviene esperar más de sus fuerzas propias que de los desórdenes promovidos por otros. Pero una vez vencido y derrotado en batalla campal en modo que no pueda recomponer un ejército, sólo su linaje puede inspirar alguna duda, por lo que, extinguido, se disipa todo temor, al carecer los demás de prestigio ante el pueblo. Tal y como, antes de la victoria, el vencedor nada podía esperar de ellos, ahora, tras la misma, nada debe temer de ellos.

Lo contrario sucede en los reinos gobernados como el de Francia; en ellos puedes entrar con facilidad ganándote a algún noble, ya que descontentos y proclives a las innovaciones siempre los hay. Estos, por las razones expuestas, pueden despejarte el camino hacia ese Estado y facilitarte la victoria; la cual, si desearas conservarlo, te acarrearía un sinfín de dificultades, tanto con los que estuvieron de tu lado como con los que sometiste. Tampoco te bastará con

extinguir el linaje del príncipe, pues siempre seguirán ahí los señores, en grado de encabezar nuevas rebeliones, y no siéndote posible ni contentarlos ni exterminarlos acabas perdiendo dicho Estado a la menor ocasión.

[...]

Acerca de los textos de Maquiavelo:

- ¿Qué consejos da Maquiavelo para mantener el poder conquistado sobre un territorio nuevo, pero del mismo ámbito geográfico y entorno cultural que aquél otro sobre el que ejercía previamente la autoridad?
¿Y sobre un territorio nuevo de un ámbito geográfico y entorno cultural distinto? ¿Cómo justifica las diferencias?
- ¿Cómo se obtiene y mantiene el poder en Estados sin notables, donde sólo existe la previa autoridad de un único monarca?
- ¿Por qué es fácil conquistar el poder, pero difícil mantenerlo, en Estados donde existe una amplia gama de notables?
- ¿Para qué está pensando Maquiavelo que se precisa conquistar territorios?
¿Qué relación existe entre esta idea y el Estado Nación? ¿Es que sólo es viable el ejercicio del poder allí donde este toma la forma del Estado Nación?

VIII. La conflictiva relación entre el poder político y la libertad

En el capítulo que vamos a leer a continuación Maquiavelo va a hablar de *los pueblos libres*. Ésos sobre los cuales derrochó alabanzas en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Pero ahora nos hablará desde una perspectiva distinta. Esos pueblos son un peligro para el príncipe. Difíciles de anexas y/o gobernar, propone la drástica solución de arrasarlos y hacerlos desaparecer. Es terrible la propuesta que acá plantea nuestro autor: de fracasar o ser imposible de implementar alternativas como la residencia del propio gobernante en ese territorio o la creación de una oligarquía local adicta, interviene la opción drástica de la destrucción final. Maquiavelo no ve la existencia de ciudades libres como algo real en la Italia de su época (más bien señala que esa sería la salida si se vieran obligados a conquistar ciudades alemanas). Pero la sola presencia de la alternativa nos remite a comprender bien a fondo la esencia de la crudeza de la lucha por el poder para nuestro autor. Un pueblo libre y virtuoso había sido, como leímos en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, el prerequisite para la conformación y mantenimiento de la república romana. Pero ahora se transforma en un límite insalvable para el nuevo príncipe. Daría la impresión de que, para Maquiavelo, la creación del Estado Nación requiere retrotraerse al momento mítico, sangriento, del fundador inicial.

Capítulo V: Cómo deben gobernarse las ciudades o los principados que antes de ser conquistados vivían de acuerdo con sus propias leyes

Cuando, según se ha dicho, los Estados ocupados están habituados a vivir de acuerdo a sus leyes y en libertad, si se les quiere conservar se disponen de tres modos; uno, desbaratarlos; otro, ir a vivir allí en persona; en tercer lugar, dejarlos vivir según sus leyes, gravándolos con una renta y creando en su interior una oligarquía que los vincule a tu suerte. Pues al no haber sido creado tal gobierno por el príncipe, sabe que no podrá subsistir sin su amistad y potencia, por lo que hará de todo por tenerlo de su lado. Y más fácilmente se mantiene una ciudad habituada a vivir libremente por medio de sus ciudadanos que de cualquier otro modo, de desear preservarla.

Valga el ejemplo de espartanos y romanos. Aquéllos retuvieron Atenas y Tebas estableciendo una oligarquía en su interior, si bien acabarían perdiéndolas. Los romanos, a fin de conservar Capua, Cartago y Numancia, las destruyeron, y no las perdieron. Desearon mantener Grecia a la manera espartana, dejándole su libertad y sus leyes, mas sin lograrlo, al punto de verse forzados a desbaratar muchas ciudades de dicha provincia para mantenerla.

Y es que, verdaderamente, no hay modo de poseerlas aparte de su destrucción. Quien se convierta en señor de una ciudad habituada a vivir libre y no la aniquile, que espere ser aniquilado por ella, pues siempre le serán de refugio al rebelarse en nombre de la libertad y sus antiguas instituciones, cosas ambas que ni el transcurrir del tiempo ni los beneficios deparados jamás hacen olvidar. Por mucho que se haga o se prevea, si no se disgrega o dispersa a sus habitantes no olvidarán aquel nombre ni aquellas instituciones, recurriendo de inmediato

a ellos a la menor ocasión. Eso hizo Pisa luego de estar sujeta por cien años a los florentinos.

En cambio, cuando las ciudades o regiones están habituados a vivir bajo un príncipe, y el linaje del mismo ha quedado extinguido, al estar de un lado sus habitantes acostumbrados a obedecer, y faltarles de otro el antiguo príncipe, no se ponen de acuerdo en nombrar a uno de entre ellos, y vivir libres no saben; al punto que son más reacios a empuñar las armas, y más fácilmente puede un príncipe ponerlos de su parte y asegurarse frente a ellos. En las repúblicas, por el contrario, hay más vida, más odio, mayor es el deseo de venganza; ni les deja, ni cabe que les deje reposar la memoria de la antigua libertad, por lo que el solo camino seguro es extinguirlas o ir a vivir allí.

[...]

Acerca de los textos de Maquiavelo:

- ¿Cómo aconseja Maquiavelo gobernar territorios acostumbrados previamente a manejarse de manera libre?
- ¿Cuáles son las ventajas y desventajas de la opción, *dejarlos vivir según sus costumbres*? ¿Es viable para un príncipe que desea consolidar su poder?
- Con respecto a la otra opción: *crear una oligarquía adicta* ¿cómo se garantiza que esa fracción se mantenga leal en el tiempo al nuevo príncipe?
- Esos pueblos libres conquistados ¿pueden seriamente pensar que el ejercicio del poder por parte del príncipe implica la consecución de algún *bien común* que los contiene?
- ¿Qué ejemplos podemos encontrar en la historia de Occidente en los que se haya seguido el consejo de Maquiavelo de *destrucción de un pueblo*? ¿Cómo se los puede analizar a la luz de las ideas del autor?

IX. El origen de la adquisición del poder político: fortuna, virtud o crimen

Maquiavelo ha venido insistiendo en su libro sobre el par fortuna-virtud. La política no es una ciencia exacta porque se mueve en un magma de incertidumbre. La *fortuna*, ese término que no es exactamente suerte, sino más bien *lo que está más allá de nuestras posibilidades* puede ser un acontecimiento que irrumpa en un momento determinado, o también las condiciones históricas con que se arriba a una situación política dada.

La *virtud*, como a esta altura ya resulta claro, no tiene nada que ver con alguna connotación moral. Es más bien esa capacidad, conocimiento y fortaleza de espíritu que permite al político actuar victoriosamente. Pero esa virtud no es sólo conocimiento o capacidad correcta de decidir. Es también, lisa y llanamente, fuerza, fuerza armada. Por supuesto que ésta de nada sirve si no va acompañada de la inteligencia referida a cómo utilizarla.

Sin embargo, Maquiavelo nunca deja de sorprendernos. Asomará en lo que vamos a leer a continuación un cierto dejo moral: los Estados pueden conseguirse a partir de la puesta en marcha de una serie de hechos horrorosos, generados por la propia voluntad del príncipe. Y aquí Maquiavelo se negará a catalogarlos con el mismo término *virtud* que ha venido utilizando hasta ahora. Preferirá la palabra *crimen*. Pero ahí terminará la delimitación moral de nuestro autor. Acto seguido, proseguirá su tarea de consejero, aun de aquel príncipe que ha accedido al poder por medio de esas acciones criminales.

Capítulo VI: De los principados nuevos que se adquieren mediante las propias armas y por virtud

Que nadie se llene de estupor si yo, al hablar ahora de principados nuevos del todo por lo que hace a su príncipe y a su ordenamiento, aduzco ejemplos notabilísimos; en efecto, caminando por lo general los hombres por caminos abiertos por otros, e imitando con sus acciones las ajenas, al no poder recorrer enteramente los caminos de otros ni alcanzar la virtud de quienes imitan, debe el hombre prudente seguir siempre las vías recorridas por los grandes hombres e imitar a los excepcionales, a fin de que aun si no se llega a su virtud, un cierto aroma suyo al menos se desprenda.

[...]

Afirmo, por tanto, que en los principados por completo nuevos, siendo nuevo también el príncipe, las dificultades para conservarlos dependen de que sea más o menos virtuoso aquél que los adquiere. Y como ese hecho de convertirse de particular en príncipe presupone virtud o fortuna, parece que la una o la otra mitigan parte de las muchas dificultades; con todo, aquél que menos se haya apoyado en la fortuna se ha mantenido más. También lo facilita el que el príncipe, obligado por no poseer más Estados, vaya a vivir allá personalmente.

[...]

Porque el fundador tiene por enemigos a cuantos se beneficiaban del orden antiguo, y reticentes defensores, en todos los potenciales beneficiarios del nuevo:

reticencia que surge, en parte, del temor de los adversarios, que cuentan con el favor de las leyes, y en parte de la incredulidad de los hombres, solo dados a creer realmente en lo nuevo cuando lo ha confirmado una firme experiencia. Por eso, en toda ocasión propicia al ataque, los enemigos se lanzan a ello con vehemencia, en tanto los otros se muestran remisos en su defensa, de modo que se corre peligro en su compañía.

Así pues, es necesario, queriendo discurrir acertadamente al respecto, examinar si aquellos innovadores se valen por sí mismos o si dependen de otros, vale decir, si para llevar adelante su obra se ven necesitados de la oración o si pueden imponerse por la fuerza. En el primer caso, el fracaso es seguro, y nada sacan adelante; mas cuando dependen de sí mismos y pueden imponer su fuerza, sólo raramente corren peligro. De ahí que todos los profetas armados triunfen, y los desarmados se hundan. Pues, además de lo dicho, la naturaleza de los pueblos es mutable, resultando fácil persuadirlos de algo, pero difícil mantenerlos persuadidos de lo mismo. Por eso es conveniente estar dispuestos de modo que, cuando dejen de creer, se les pueda hacer creer por la fuerza.

Capítulo VII: De los principados nuevos adquiridos por medio de las armas y de la fortuna ajenas

Quiénes sólo mediante la fortuna de simples particulares llegan a ser príncipes, sin apenas esfuerzo llegan, pero con mucho se mantienen; no hallan obstáculos en el camino, pues pasan en volandas, mas una vez establecidos se les llena de ellos. [...] Todos ellos dependen sencillamente de la voluntad y de la fortuna de quienes se lo otorgaron, cosas ambas en exceso volubles e inestables, por lo que no saben, ni pueden, mantenerse en el cargo; no saben porque, si no se es hombre de gran ingenio y virtud, al haberse dedicado siempre a los asuntos privados, no es razonable que sepan mandar y no pueden porque carecen de fuerzas que les sean leales y fieles.

Además, de modo similar a las restantes cosas de la naturaleza que nacen y crecen rápidamente, los Estados surgidos de golpe no pueden tener raíces y ramificaciones tan firmes que la primera circunstancia adversa no las seque, siempre y cuando aquéllos que, según se ha dicho, tan repentinamente se convirtieron en príncipes no posean tanta virtud como para saber prepararse a conservar de inmediato aquello que la fortuna puso en su regazo, y echen acto seguido los cimientos que los demás pusieron antes de convertirse en príncipes.

Deseo aducir para uno y otro de los modos dichos de llegar a ser príncipe, o por virtud o por fortuna, dos ejemplos de nuestros días: Francesco Sforza y César Borgia. Francesco, con los medios apropiados y merced a su gran virtud, llegó a convertirse de particular en duque de Milán, conservando sin apenas esfuerzo lo que con tantas penalidades había llegado a adquirir.

Por otro lado, César Borgia, a quien el vulgo llamaba duque Valentino, adquirió el Estado gracias a la fortuna de su padre, y lo perdió con ella, aun a pesar de haber hecho uso de todos los resortes y de llevar a cabo todo cuanto un hombre prudente y virtuoso debía hacer al objeto de echar raíces en los Estados que las

armas y la fortuna ajenas le otorgaron. Pues, como se dijo antes, quien no eche los cimientos antes los podrá echar después si grande es su virtud, pese a entrañar molestias para el arquitecto y peligro para el edificio. De hecho, quien sopesase todos los avances logrados por el duque, comprobará con cuán sólidos fundamentos había preparado su futuro poder; no retengo superfluo discurrir sobre ellos, pues yo mismo no sabría qué preceptos dar a un príncipe mejores que el ejemplo de sus acciones, y no fue culpa suya, sino de una malignidad extraordinaria y extrema de la fortuna el que sus decisiones no lo beneficiaran.

En el querer engrandecer a su hijo, afrontaba Alejandro VI numerosos obstáculos, presentes y futuros. Primero, no veía modo de poder hacerlo señor de algún Estado que no fuese de la Iglesia, y aún decidiéndose por quitarle uno a la Iglesia sabía que el duque de Milán y los venecianos no se lo consentirían, estando como estaban ya Faenza y Rímimi bajo la protección de los últimos. Veía además que los ejércitos de Italia, y sobre todo aquellos de los que hubiera podido servirse, estaban en manos de quienes debían temer una mayor potencia del Papa; no podían, por tanto, fiarse de ellos, máxime estando al frente los Orsini, los Colonna y sus acólitos. Era, pues, menester alterar la situación, y llevar el desorden a tales Estados para poder enseñorearse con garantías de una parte de los mismos. Lo que resultó fácil, al percatarse de que los venecianos, por razones de otra índole, estaban empeñados en traer de nuevo a los franceses a Italia: cosa a la que no sólo no se opuso, sino que favoreció con la disolución del anterior matrimonio del rey Luis.

Así, pues, pasó el Rey a Italia con la ayuda de los venecianos y la aprobación de Alejandro; ni había llegado a Milán y ya el Papa había obtenido de él los hombres para la campaña de la Romaña, y expulsados los Colonna, en su deseo de mantenerla y de seguir el avance, el duque se topó con dos obstáculos: uno, que sus propias tropas no le parecían leales: el otro, la voluntad de Francia. Vale decir que las tropas de los Orsini, en las que se había apoyado, lo dejaran colgado, y no sólo le impidieran proseguir sus conquistas, sino que incluso le arrebataran lo conquistado, y aún que el Rey hiciese otro tanto. De los Orsini ya había tenido prueba cuando, tras expugnar Faenza y proceder después al asalto de Bolonia, les vio en él sin entusiasmo alguno. Y respecto del Rey, conoció sus intenciones cuando, tomado el ducado de Urbino, se disponía al asalto de la Toscana, empresa de la que aquél lo disuadió.

Decisión del Duque fue entonces no depender más ni de las armas ni de la fortuna ajenas, y como primera medida debilitó las facciones de los Orsini y de los Colonna en Roma, al ganarse a todos sus seguidores de origen noble haciéndolos nobles suyos y concediéndoles una remuneración sustanciosa, además de honrarles en función de su grado, con cargos en la milicia y el gobierno; al punto que en poco tiempo de su ánimo desapareció todo rastro de afecto hacia las facciones, volcándose todo en el Duque. Tras ello, aguardó la ocasión de extinguir a los Orsini una vez dispersados los vástagos de los Colonia, ocasión que se le presentó pintiparada y que supo aprovechar aún mejor; en efecto, avisados los Orsini, tardíamente, de que la grandeza del Duque y de la Iglesia era su caída, se reunieron en Magione, en tierras de Perusa; de aquí nacieron la rebelión de Urbino y las revueltas de la Romaña, además de otros grandes peligros para el

Duque, a los que éste se sobrepuso con ayuda de los franceses. Recobrada la reputación, y sin fiarse ni de Francia ni de ninguna otra fuerza externa, para no tener que ponerlas a prueba recurrió al engaño. Y supo disimular tan bien sus intenciones que los Orsini se reconciliaron con él por medio del señor Paulo, a quien el Duque prodigó dinero, vestimentas y caballos como señal de garantía; su ingenuidad los condujo, así, a Sinigaglia, hasta sus propias manos. Eliminado, pues, tales cabecillas, y pasados sus seguidores a aliados suyos, el Duque había echado los cimientos idóneos para su potencia, al tener bajo su mando a toda la Romaña y el ducado de Urbino, y creía sobre todo haberse granjeado la adhesión de la Romaña y ganado a todos esos pueblos, que ahora comenzaban a gustar del bienestar.

[...]

Sostengo que el Duque se sentía bastante poderoso, en parte al seguro respecto a los peligros del momento; en efecto, habíase armado como pretendía, y deshecho de las tropas que, por cercanas, podían depararle algún daño, por lo que tan sólo le quedaba para continuar su avance conseguir el respeto del rey de Francia; pero sabiendo que éste se había percatado tardíamente de su error, y que no se lo toleraría, se decidió a buscar nuevos aliados, y a mostrarse remiso con Francia cuando sus tropas hicieron su entrada en el reino de Nápoles para luchar contra los españoles, que asediaban Gaeta. Era su intención obtener garantías contra aquellas, lo que pronto habría logrado de seguir vivo Alejandro.

Tales fueron sus disposiciones respecto de las cosas presentes. En cuanto a las futuras, su primer temor había de ser que no fuera su aliado el nuevo sucesor de la Iglesia, e intentase privarlo de lo que Alejandro le había concedido. Ideó cuatro maneras de conjurarlo: la primera, extinguir el entero linaje de los señores a los que había expoliado, a fin de dejar al Papa sin la posibilidad; la segunda, atraerse a todos los nobles de Roma, según se ha dicho, para así tener embriado al Papa; la tercera, ganarse al Colegio Cardenalicio lo más posible; la cuarta, adquirir antes de la muerte del Papa tanto poder como para resistir por sí mismo un primer embate. De estas tres cosas, tres tenía ya realizadas a la muerte de su padre, y la cuarta casi a punto.

[...]

Empero, Alejandro murió cinco años después de que él comenzara a desenvainar la espada, dejándolo con el dominio de la Romaña fuertemente consolidado, todos los demás en el aire y a él mismo entre dos poderosísimos ejércitos enemigos y enfermo de muerte. Mas había tal arrojo y tanta virtud en el Duque, conocía tan bien como se gana o se pierde a los hombres, y eran tan sólidos sus cimientos, que de no haber tenido a esos ejércitos encima o haber estado él sano se habría sobrepuesto a cualquier dificultad.

[...]

Así, pues, de reunir yo todas las acciones del Duque, no sabría reprenderlo. Más bien, me parece, como he hecho, proponer su imitación por cuantos, por fortuna o armas ajenas, hayan llegado al poder. Y es que él, por su grandeza de ánimo y altitud de miras, de ningún otro modo podía conducirse; únicamente la brevedad de la vida de Alejandro y su propia enfermedad fueron obstáculos a sus designios. Por lo tanto, quien considere necesario en su nuevo principado

tomar garantías frente a los enemigos, ganarse amigos, vencer por fuerza o por engaño, hacerse amar y temer por los pueblos, seguir y venerar por los soldados, aniquilar a quienes lo puedan o deban perjudicar, renovar con procedimientos nuevos antiguas instituciones, ser severo y agradable, magnánimo y liberal, extinguir la milicia desleal, establecer otra nueva, preservar las alianzas con reyes y príncipes de modo que lo hayan o de beneficiar sin reciprocidad o perjudicar con miramientos, en absoluto podrá encontrar ejemplos más vivos que sus acciones.

Tan solo se lo puede censurar por la elección de Julio II como Papa, a causa de su mala decisión; en efecto, como se ha dicho, no pudiendo designar a un Papa de sus preferencias, sí podía obtener que no lo fuese otro, y nunca debió consentir el papado para los cardenales a los que había perjudicado o para los que, una vez Papas, hubieran de temerle. [...] Pues quien cree que los favores nuevos hacen olvidar a los grandes personajes las antiguas injusticias se engaña. Erró, pues, el Duque en dicha elección, y fue la causa de su caída final.

Capítulo VIII: De los que accedieron al principado mediante crímenes

Ahora bien, como de particular uno se convierte en príncipe en otros modos no atribuibles del todo ni a la fortuna ni a la virtud, creo que no debo pasarlos por alto, si bien de uno quepa hablar más extensamente donde se trate de las repúblicas. Dichos modos son: o cuando se accede al principado en modo criminal y nefando, o cuando un príncipe particular se convierte en príncipe de su patria con el favor de sus demás conciudadanos. Al hablar del primero nos valdremos de dos ejemplos, antiguo uno y actual el otro, sin ulteriores profundizaciones, pues creo suficiente, para quien lo necesite, el imitarlos.

El siciliano Agatocles llegó a rey de Siracusa a partir no sólo de una condición particular, sino incluso ínfima y abyecta. Hijo de un alfarero, acompasó su conducta criminal a cada período de su vida; mas con todo, combinó sus desenfrenos con tal grado de virtud de ánimo y cuerpo que, entrando en la milicia, llegó a ser pretor de Siracusa pasando por todas las graduaciones. Ya consolidado en el puesto, decidió convertirse en príncipe, manteniendo mediante la violencia y sin obligaciones hacia los demás lo que por acuerdo se le había concedido, e hizo partícipe de su plan al cartaginés Amílcar, por entonces con sus ejércitos en Sicilia; una mañana reunió al pueblo y al Senado de Siracusa, como si tuviesen que deliberar sobre asuntos referentes a la república; a la señal convenida, hizo que sus soldados diesen muerte a todos los senadores y a los más ricos del pueblo. Una vez muertos, se adueñó y mantuvo el principado de la ciudad sin la menor oposición.

[...]

Así pues, quien medite sobre sus acciones y su virtud, poco o nada hallará atribuible a la fortuna; y es que, como se ha dicho, no obtuvo el principado por favor de nadie, sino pasando uno a uno por todos los grados del ejército, ganados tras infinidad de infortunios y peligros; y lo mantuvo después con un buen número de decisiones llenas de valor y de riesgo. No cabe llamar virtud, empero, a dar muerte a sus ciudadanos, traicionar a los aliados, faltar a la palabra, a la clemencia, a la religión; procedimientos así permiten adquirir poder, mas no gloria. Pues, de

considerar la virtud de Agatocles para desafiar y vencer los peligros, la entereza de su ánimo para soportar y superar adversidades, no se ve en que pueda juzgársele inferior a ningún otro eminente capitán. No obstante, su feroz crueldad, su inhumanidad rabiosa de desenfreno, impiden que sea celebrado entre los hombres eminentes. No cabe atribuir, por tanto, ni a la fortuna ni a la virtud lo que él consiguiera sin la una ni la otra.

En nuestros días, durante el pontificado de Alejandro VI, Oliverotto de Fermo, huérfano desde la infancia, fue criado por un tío materno llamado Giovanni Fogliani, y entregado desde su primera juventud a la milicia bajo Pablo Vitelli, para que una vez formado en el arte militar alcanzase excelente graduación en la milicia... Más considerando servil estar supeditado a otro, pensó en tomar Fermo, ayudándose de algunos ciudadanos del lugar, más afectos a la esclavitud que a la libertad de la patria.

[...]

Con la mente puesta en preparar cuidadosamente su futuro crimen, ofreció un solemnísimos banquete al que invitó a Giovanni Fogliani y a los restantes ciudadanos eminentes de Fermo. Acabados los postres y demás entretenimientos propios de tales banquetes, sacó a colación adrede algunos temas graves, relativos a la grandeza del papa Alejandro y de su hijo César, como también de sus empresas. [...] Les dijo que temas tales se habían de discutir en un lugar secreto, y se retiró a un cuarto hasta el que Giovanni y los demás ciudadanos le siguieron. Aún no habían tomado asiento cuando de lugares secretos del mismo salieron soldados que dieron muerte a Giovanni y a los demás. Tras el homicidio, Oliverotto subió al caballo, galopó por la ciudad y asedió el palacio del magistrado supremo, en modo que el miedo les constriñó a obedecerle y a establecer un gobierno del que se le hizo príncipe.

[...]

Alguien puede preguntarse porqué Agatocles y algún otro de su estofa, tras perfidias y crueldades sin cuento, pudo vivir por largo tiempo seguro en su patria y defenderse de los enemigos exteriores sin padecer jamás conspiración alguna por parte de sus conciudadanos, cuando otros muchos, por su crueldad, no lograron mantener el poder ni siquiera en tiempos pacíficos, menos aún en los conflictivos períodos de guerra. Creo que ello se debe al buen o mal uso de la crueldad; cabe hablar de buen uso (si del mal es lícito decir bien) cuando se ejecutan todas de golpe, en aras de la seguridad propia, sin que se recurra más a ellas, y redunden en la mayor utilidad posible para los súbditos. Hay mal uso cuando, aún si pocas al principio, con el tiempo aumentan en lugar de desaparecer. Quienes se atienen al primer modo quizás encuentren en Dios y los hombres algún apoyo a su situación, como le pasó a Agatocles; a los otros no es posible mantenerse.

Es de notar por ello que quien se adueñe de un Estado debe meditar sobre todo el daño que le será preciso infligir, e infligirlo de golpe a fin de no tener que repetirlo cada día, pues el no tener que hacerlo infundirá calma a sus hombres y le permitirá ganárselos con favores. El que obre de otro modo, sea por debilidad o mal consejo, andará siempre necesitado de llevar empuñado el cuchillo; y nunca podrá ampararse en sus súbditos, pues sus renovadas y continuas injusticias les privan de garantías frente a él. Las injusticias, en efecto, deben cometerse de

una, para que, menos degustadas, su daño sea menor, mientras los favores deben procurarse paso a paso, a fin de saborearlos mejor. Y un príncipe debe ante todo comportarse con sus súbditos en modo que ningún incidente, favorable o contrario, le obligue a variar su proceder, pues cuando en los momentos adversos llegan las necesidades, no está ya a tiempo de hacer el mal, en tanto el bien que hace se considera forzado y no te reporta beneficio, como tampoco agradecimiento alguno.

Acerca de los textos de Maquiavelo:

- ¿Qué significa la expresión de Maquiavelo los profetas armados triunfan y los desarmados son derrotados?
- ¿Cuál es el lugar de la experiencia en el ejercicio del poder político?
- ¿El crimen se asemeja a la virtud en la concepción de Maquiavelo?
¿Qué aconseja frente a la necesidad de hacer daño para conquistar o conseguir el poder?
- Es evidente que, para Maquiavelo, la violencia no es gratuita. Necesaria, inseparable de la política, pero con consecuencias que deben ser medidas.
¿Maquiavelo estaría de acuerdo con la expresión de Clausewitz de que la guerra es la continuación de la política por otros medios? ¿Por qué?

X. El trasfondo social del poder político

Vamos a leer a continuación lo que se puede calificar como los dos capítulos más sociológicos de *El Príncipe*. Maquiavelo nos introducirá en la particular y contradictoria relación entre el gobernante, los notables y el pueblo. Esta tríada es la que explica con más claridad cómo ve nuestro autor a la sociedad. Nunca se preocupa por tratar de entenderla en términos de clases o grupos sociales como lo haría más tarde un Marx o un Weber. Para él, la gran división está entre los que ejercen, participan, desean participar o colaborar con el poder político y aquéllos que, sencillamente, obedecen y aspiran a vivir en paz y orden, sin involucrarse en los hechos políticos. El pueblo, no intervendrá en la actividad política, salvo en masa y cuando grandes cataclismos o acontecimientos históricos lo llame: la revolución o la guerra. Y, en ese momento, que defiendan o no al príncipe dependerá de lo que éste haya hecho antes.

En el otro extremo, tenemos al mundo de los que *hacen política*. Acá el príncipe nunca está solo: apoyándolo, traicionándolo, cooperativa o competitivamente, está rodeado siempre por un núcleo, al que Maquiavelo denomina *los notables*. Aquí nuestro autor hará unas pocas apreciaciones sobre ellos, sobre quienes volverá casi al final del libro cuando aconseje acerca de cómo el príncipe debe seleccionar a sus colaboradores más inmediatos.

Capítulo IX: Del principado civil

Vayamos al segundo caso, el de un ciudadano particular que se convierte en príncipe de su patria no mediante crímenes ni otras intolerables formas de violencia, sino a través del favor de sus conciudadanos; cabría denominarsele principado civil, y llegar hasta él no requiere ni sólo virtud ni sólo fortuna, sino más bien una astucia afortunada. Al respecto afirmo que se accede o mediante el favor del pueblo o mediante el favor de los notables, pues en toda ciudad se hallan esos dos humores contrapuestos. Y surge de que el pueblo desea que los notables no le dominen ni le opriman, mientras los notables desean dominar y oprimir al pueblo; de esos dos apetitos contrapuestos surge en la ciudad una de estas tres consecuencias: el principado, la libertad o la licencia.

El principado se debe al pueblo o a los notables según una u otra partes tengan su ocasión, pues si los notables constatan que no pueden resistir al pueblo comienzan a otorgar su favor a uno de ellos, y lo hacen príncipe para, a su sombra, llegar a desfogar su apetito. El pueblo, por su parte, constatando que no pueden resistir a los notables, otorga su favor a alguien, y lo hace príncipe para escudarse en su autoridad. El que llega al principado con el apoyo de los notables se mantiene con mayor dificultad que el que accede apoyándose en el pueblo, pues sábase príncipe en medio de otros muchos que se piensan iguales a él, y a los que por ello no puede mandar ni conducir a sus anchas.

En cambio, quien accede al principado mediante el apoyo popular está solo, sin nadie, o casi, en derredor suyo que no esté dispuesto a obedecer. Además de eso, no se puede con honestidad dar satisfacción a los notables sin perjudicar a los otros, lo que sí es posible con el pueblo, por ser el suyo fin más honesto que

el de los notables, al querer éstos oprimirlo y aquel que no se le oprima. No sólo: de enemistarse al pueblo, el príncipe jamás podría estar seguro, por ser demasiados. Con los notables, que son pocos, sí podría. Lo peor que puede esperarse un príncipe de un pueblo enemigo es que lo abandone; mas con los notables por enemigos no sólo cabe temer su abandono, sino también que le hagan frente, pues siendo mayor su capacidad de previsión y su astucia, les falta tiempo para ponerse a salvo y buscan la deferencia del que presumen vencedor. Añádase que el príncipe está obligado a vivir siempre con el mismo pueblo, mientras que bien puede actuar sin los mismos notables, siéndole posible ponerlos y quitarlos a diario, y privarles o concederles reputación a su antojo.

A fin de aclarar más todo esto, sostengo que a los notables se les deba examinar principalmente de dos maneras. O se conducen en modo de adecuarse en todo a tu suerte, o no. A los primeros, si no son unos rapaces, se les debe honrar y considerar; para los otros, son dos los índices a tener en cuenta: o proceden así por pusilanimidad o natural falta de ánimo, en cuyo caso tú debes servirte principalmente de los que son buenos consejeros, pues en la prosperidad te honras en ellos, y en la adversidad en nada has de temerles. O bien lo hacen aposta y movidos por su ambición, lo que es señal de que piensan más en ellos que en ti; de ellos se debe el príncipe precaver, y temerlos como a enemigos declarados, pues siempre, en la adversidad, promoverán su caída.

Así pues, debe quien llegue a ser príncipe mediante el favor del pueblo mantenerlo junto a sí, cosa esta fácil, pidiendo aquél sólo que no se le oprima. En cambio, alguien que en contra del pueblo llegue a ser príncipe mediante el favor de los notables, debe lo primero de todo tratar de ganarse al pueblo; cosa ésa fácil si se hace su protector. Y puesto que los hombres, cuando se obtiene un bien del que esperaban un mal, se sienten aún más obligados ante su benefactor, el pueblo se le mostrará de inmediato más servicial. El príncipe puede granjearse su adhesión de muchas maneras, de las que no es posible dar regla cierta al depender de la situación, de ahí que las dejemos de lado. Concluyo diciendo sólo que es menester a un príncipe mantener al pueblo de su lado, pues sino carecerá de todo auxilio en la adversidad.

Nabis, príncipe de los espartanos, sostuvo el asedio de toda Grecia y de un más que victorioso ejército romano, logrando salvaguardar contra todos ellos su patria y su poder. Cuando sobrevino el peligro le bastó con precaverse de unos pocos, cosa que no habría sido suficiente de haber sido el pueblo enemigo suyo. Y que nadie contradiga mi opinión echando mano del consabido proverbio de que quien se apoya en el pueblo se apoya en el barro, pues eso es verdad sólo si quien se apoya en el pueblo es un ciudadano particular, y pretenda que el pueblo lo libere cuando se halle en poder de los enemigos o de los magistrados. En ese caso fácilmente se podría sentir engañado, como los Gracos en Roma o Micer Giorgio Scali en Florencia. Pero si se trata de un príncipe quien se apoya en aquel, en grado de mandar y lleno de valor, al que las adversidades no amedrenten y haya adoptado las necesarias disposiciones, y que con su ánimo y con sus instituciones mantenga en vilo al pueblo, jamás este le abandonará, y podrá constatar la solidez de sus cimientos.

Suelen estos príncipes correr peligro cuando se está por pasar del orden civil al gobierno absoluto, ya que tales príncipes gobiernan por sí mismos o por medio de magistrados. En este último caso, mayores son la fragilidad y los peligros para su permanencia, pues esta depende por entero de la voluntad de los ciudadanos a los que se han asignado las magistraturas, quienes, en especial cuando llegan las adversidades, pueden deponerlo con suma facilidad del cargo, sean porque le hacen frente o porque le faltan a la obediencia. Y el príncipe, en medio de los peligros, no está a tiempo de asumir la autoridad absoluta, pues los ciudadanos y los súbditos, que suelen recibir las órdenes de los magistrados, no están en las situaciones difíciles en disposición de recibir las suyas; y siempre serán pocos los que en los momentos de incertidumbre serán de fiar. Y es que un tal príncipe no puede hacer caso de cuanto ve en los momentos de calma, cuando los ciudadanos necesitan del Estado, pues entonces todos se apresuran, todos prometen, y cada uno daría la vida por él mientras a la muerte no se la vea venir. Mas en la adversidad, cuando el Estado necesita de los ciudadanos, son pocos los que aparecen. Dicha experiencia es tanto más peligrosa cuanto que solo una vez se la puede intentar. De ahí que un príncipe sabio deba meditar acerca de cómo, siempre y en cualquier situación, necesiten sus ciudadanos del Estado y de él: entonces siempre le serán fieles.

Capítulo X: Cómo se deben medir las fuerzas de todos los principados

Cuando se examinan las características de tales principados conviene llevar a cabo otra consideración, a saber: si el poder de un príncipe es tan grande como para, en caso de necesidad, sostenerse por sí mismo, o si necesita siempre que otros lo defiendan. Y para mejor clarificar este punto afirmo que, en mi opinión, están capacitados para defenderse por sí mismos quienes por abundancia de hombres o dinero pueden formar un ejército apropiado y sostener combate abierto con cualquiera que desee atacarlos. Del mismo modo, opino que tienen siempre necesidad de otros quienes no están en grado de comparecer contra el enemigo en combate abierto, sino que se ven siempre forzados a guarnecerse en el interior de las murallas, y a defenderlas. Del primer caso se ha hablado ya, y aún diremos cuanto sea preciso. Del segundo, nada más cabe decir; sólo animar a tales príncipes a que fortifiquen y defiendan su ciudad, sin preocuparse para nada de las tierras circundantes. Y quien haya fortificado adecuadamente su ciudad, y en los demás asuntos se haya conducido con los súbditos como antes se dijo y después se dirá, hará que un agresor se lo piense antes: los hombres, en efecto, en absoluto gustan de las empresas en las que se prevean dificultades, y no es precisamente llegar y pegar el atacar a alguien cuya ciudad está bien defendida y a quien su pueblo no odia.

[...]

Así pues, un príncipe que tenga una ciudad fortificada y no se granjee el odio no podrá ser asaltado; y de haber quien lo hiciere, acabaría yéndose abochornado, ya que las cosas del mundo son tan mutables que nadie podría permanecer durante un año con sus ejércitos ociosos y en estado de asedio. Y si alguien

replicara que en caso de que el pueblo tenga fuera sus posesiones y las vea arder perderá su paciencia, y que el largo asedio y el propio interés lo harán olvidarse del príncipe, le respondería que un príncipe poderoso y valiente superará siempre esas dificultades, ora dando esperanzas a los súbditos de que el mal no durará mucho, ora infundiendo temor a la crueldad del enemigo, ora sabiendo precaverse con habilidad de los que le parecieren más osados. Además, el enemigo deberá razonablemente quemar y asolar el territorio a su llegada, justo cuando los ánimos de los hombres están aún encendidos y dispuestos para la defensa. Por eso tanto menos debe vacilar el príncipe, pues al cabo de unos cuantos días, enfriados los ánimos, los daños ya están hechos, los males han surtido su efecto y ya no hay remedio; entonces aún se unen más a su príncipe, pues con sus casas reducidas a cenizas y asoladas sus posesiones por defenderlo, consideran que tenga contraída con ellos una obligación. Y es que forma parte de la naturaleza de los hombres contraer obligaciones tanto por los beneficios que se hacen como por los que se reciben. De ahí que, si se considera todo como es debido, no resultará difícil a un príncipe prudente mantener en vilo los ánimos de sus ciudadanos antes y después de un asedio, siempre y cuando no les falte ni de qué vivir ni con qué defenderse.

Acerca de los textos de Maquiavelo:

- ¿Qué relación debe establecer el príncipe con los notables y cuál con el pueblo?
- ¿Cuál es el elemento determinante al evaluar una correlación de fuerzas?
- ¿Cuál es el supuesto sobre la naturaleza humana que sostiene Maquiavelo al hacer todas estas disquisiciones?
- ¿Por qué Maquiavelo, a pesar de que ha comenzado el libro diciendo expresamente que no va a hablar de las repúblicas sino de los principados, acá sostiene que el apoyo del pueblo es tan importante para el príncipe?

XI. Estado y religión

Se ha señalado, con justicia, que Maquiavelo es un autor de la modernidad al establecer la separación entre la política y la religión (y/o la moral). Sin embargo, sería erróneo decir que nuestro autor no se preocupa por cómo los temas eclesiásticos influyen en la lucha por el poder. En este capítulo, señala la facilidad que existe al gobernar un Estado cuya legitimidad en el ejercicio del poder devenga directamente de la autoridad de la Iglesia. De ahí se desprenderá, como veremos luego cuando se hable de la conducta del príncipe, la necesidad de operar con un doble rasero: *parecer* lo más piadoso posible, por un lado, y a la vez no someterse a ninguna regla moral, venga de quien venga, que entorpezca la tarea de conquistar, mantener y acrecentar el poder político.

Capítulo XI: De los principados eclesiásticos

En este punto, ya sólo nos queda discurrir sobre los principados eclesiásticos; al respecto, las dificultades surgen todas antes de poseerlos, pues se conquistan por virtud o por fortuna, mas sin la una ni la otra se mantienen. Y es que venerables instituciones los asientan en la religión, y es tal su poder y su prestigio que mantienen a sus príncipes en el poder, sea cual fuere su modo de obrar y proceder. Sólo ellos tienen Estados y no los defienden; súbditos, y no los gobiernan. Y los Estados, aún indefensos, no les son arrebatados; los súbditos, que no están gobernados, no les preocupan, pues ni piensan ni pueden emanciparse de ellos. Son estos principados, por tanto, los únicos seguros y felices. Mas, estando regidos por una razón superior, inalcanzable para una mente humana, los dejaré de lado: elevados y preservados como están por Dios, sería propio de alguien presuntuoso y temerario examinarlos.

[...]

Acerca de los textos de Maquiavelo:

- ¿Por qué no es necesaria ni la virtud ni la fortuna para mantener el poder en los principados eclesiásticos?
- Cuando Maquiavelo afirma que *dejará de lado el análisis* de estos Estados ya que están regidos *por una razón superior* ¿está haciendo una afirmación o sosteniendo una ironía? ¿Qué relación podemos establecer con el resto de sus opiniones en cuanto a la relación poder/religión?

XII. La siempre compleja y terrorífica relación entre guerra y política

Ya hemos leído que *los profetas desarmados son derrotados*, mientras que los armados triunfan. La guerra debe ser, entonces, una de las preocupaciones (tal vez, la preocupación central) del príncipe. En otro libro, titulado *Del arte de la guerra*, Maquiavelo demostrará detalladamente su conocimiento sobre este arte aprendido durante el ejercicio de su actividad en el gobierno de Florencia. Allí, siguiendo sus recomendaciones, había tenido entre sus tareas formar un ejército de ciudadanos para romper la dependencia de la ciudad con respecto a los soldados mercenarios.

En los tres capítulos que se leerán a continuación, nuestro autor no da ningún tipo de consejo bélico. Se dedica más bien a defender una de sus grandes tesis: la necesidad de contar con un ejército propio, armado sobre la base del propio pueblo al que el príncipe está gobernando, cuestionando tanto la costumbre de alquilar tropas mercenarias, como así también a las llamadas tropas *auxiliares*. Bajo esta última denominación lo que está en cuestión es la política de llamar en auxilio de algún gobierno de las ciudades italianas a una potencia extranjera. La presencia de ejércitos franceses y españoles en la península itálica luchando a favor o en contra de una u otra ciudad, más allá del resultado coyuntural, se oponía al objetivo final de Maquiavelo: el fortalecimiento de un poder político autónomo que aspirara a unificar Italia en un solo Estado.

Capítulo XII: De los diferentes tipos de tropas y de las tropas mercenarias

Luego de haber examinado una a una todas las características de los principados sobre los que al principio me propuse razonar, considerado en buena medida las razones del bien y del mal que les es propio, y mostrado los modos en los que muchos han intentado adquirirlos y conservarlos, me queda ahora examinar en general los tipos de ataque y de defensa que cada uno de ellos puede experimentar. Antes señalamos como es menester a un príncipe tener sólidos fundamentos, so pena de hundirse. Y de los fundamentos de todos los Estados, tanto nuevos como antiguos o mixtos, los principales son las buenas leyes y las buenas armas. Y puesto que no puede haber buenas leyes donde no hay buenas armas, y donde hay buenas armas las leyes son por cierto buenas, omitiré aquí hablar de las leyes para hacerlo sólo de las armas.

Afirmo pues, que las armas con las que un príncipe defiende su Estado son o suyas, o mercenarias, o auxiliares o mixtas. Las mercenarias y auxiliares son inútiles y peligrosas, y si alguien mantiene su Estado apoyándose en tropas mercenarias, jamás se hallará estable ni seguro a causa de su desunión, ambición, indisciplina e infidelidad; de su arrogancia con los aliados y cobardía frente a los enemigos; sin temor de Dios, ni lealtad a los hombres, tanto se difiere la caída cuanto se difiere el ataque; en la paz te expolían ellas, en la guerra los enemigos. La razón de todo esto es que no hay más pasión ni motivo que las mantenga formadas que una parca soldada, insuficiente siempre para que se apresten a dar la vida por ti. Quieren desde luego ser soldados tuyos mientras no estés en guerra, pero huyen o se largan como la ven venir. No creo que

necesite de muchas energías para persuadir de eso, puesto que la actual ruina de Italia no tiene más causa que el haberse fundado durante muchos años en armas mercenarias. Alguno ganó alguna vez gracias a ellas, y entre sí hasta parecían valientes, pero en cuanto hizo su entrada el extranjero se mostraron tal y como eran.

[...]

Deseo mostrar aún mejor lo pernicioso de tales tropas. Los cabecillas de los mercenarios son hombres excelentes o no: si lo son, no puedes confiar en ellos, pues siempre aspirarán a engrandecerse a sí mismos, ya sea oprimiéndote a ti, su patrón, o a otros, sin echarte cuenta; y si carecen de virtud, normalmente te hacen caer. Y si alguien objetara que, mercenario o no, todo aquel que empuñe las armas hará lo mismo, le replicaré con el uso que de las armas debe hacerse por parte de un príncipe o de una república. El príncipe debe ir en persona, y ocupar el cargo de jefe; la república deposita el mando en sus ciudadanos, y cuando quien lo detenta carece de valor debe cambiarlo; cuando sí lo tiene, debe sujetarlo con las leyes para impedirle cruzar la raya. La experiencia nos muestra a príncipes solos y a repúblicas armadas llevar a cabo acciones notabilísimas, y a las tropas mercenarias nunca hacer otra cosa sino daño; y que más difícilmente cae una república armada con sus propias armas bajo el dominio de uno de sus ciudadanos, que otra armada con tropas ajenas.

[...]

Capítulo XIII: De las tropas auxiliares, mixtas y propias

Armas auxiliares, las otras inútiles, las hay cuando se llama a un potentado para que acuda con sus armas en tu ayuda y defensa, como no ha mucho hizo el Papa Julio, quien tras constatar la penosa experiencia de las tropas mercenarias en la empresa de Ferrara recurrió a las auxiliares, acordando con Fernando, rey de España, que éste lo ayudara con sus hombres y ejércitos. Dichas tropas pueden ser útiles y buenas en sí mismas, pero para quien las solicita son casi siempre nocivas, pues una derrota te hunde, una victoria te hace prisionero.

[...]

Así pues, aquél que desee no poder vencer, que se valga de tales tropas, pues son mucho más peligrosas que las mercenarias; con aquellas, en efecto, el hundimiento está asegurado, en cuanto forman siempre un cuerpo, siempre a las órdenes de otro; éstas, aún venciendo, para hacerte daño requieren más tiempo y una mejor ocasión, pues no conforman un único cuerpo y eres tú quien los reunió y paga; además, un tercero al que tú hiciste jefe no puede adquirir de inmediato tanto poder como para perjudicarte. En resumen, en las mercenarias es más peligrosa la desidia, en las auxiliares la virtud.

Un príncipe prudente, por tanto, siempre ha rehuido tales armas, prefiriendo las propias; ha preferido mejor perder con las suyas a ganar con las de otro, considerando falsa la victoria obtenida mediante armas ajenas.

[...]

En conclusión, si no dispone de armas propias ningún príncipe está seguro, o mejor, depende por completo de la fortuna al carecer de virtud que

en circunstancias adversa lo defienda. [...] Y las armas propias son las compuestas por súbditos o por ciudadanos o por siervos tuyos: todas las demás son mercenarias o auxiliares.

Capítulo XIV: De lo que incumbe a un príncipe en relación con la milicia

Un príncipe, por tanto, no debe tener otro objetivo ni más pensamiento, ni tomar otro arte como propio, aparte de la guerra, sus modalidades y dirección; pues es el único arte que concierne al que manda. Y requiere tal virtud que no sólo mantiene a quienes han nacido príncipes, sino que con frecuencia promueve a particulares hasta ese rango. Por el contrario, se ve que cuando los príncipes han dedicado más atención a la holganza que a las armas, han perdido su poder. Y la causa primera que te hace perderlo es descuidar dicho arte, como la causa que te lo hace adquirir es estar versado en él.

[...]

Así, pues, no debe apartar nunca de su cabeza el adiestramiento militar, y en la paz aún debe ejercitarse más que en la guerra, cosa que puede realizar de dos maneras: una, con obras y, otra, con la mente. Respecto de las obras, además de mantener sus ejércitos bien organizados y adiestrados, debe participar en continuas cacerías, a fin de habituar el cuerpo a las penalidades, aprendiendo al mismo tiempo la naturaleza del terreno, a conocer donde se elevan las montañas, se abren los valles, se extienden las llanuras, a comprender la naturaleza de los ríos y de los cenagales, poniendo en ello la máxima atención. Ese conocimiento es útil por dos razones: en primer lugar, se aprende a conocer el propio país, lo que puede facilitar su defensa; después, porque el conocimiento y la familiaridad con esos lugares le facilita la comprensión del sitio nuevo que haya de inspeccionar, dado que los otros, los valles, las llanuras, los ríos y las ciénagas existentes, por ejemplo, en Toscana guardan cierto parecido con los de otras regiones, al punto que el conocimiento del relieve de una región facilita conocer el de las demás. El príncipe al que faltan tales pericias está falto de lo primero con lo que quiere hacerse todo capitán, pues enseñan a dar con el enemigo, hallar donde acampar, conducir los ejércitos, planear la batalla y asediar las ciudades con ventaja para ti.

Entre las distintas alabanzas que los historiadores han prodigado a Filipómenes, príncipe de los aqueos, está la de que durante los períodos de paz tenía siempre la mente puesta en cómo hacer la guerra; cuando salía al campo con los amigos, frecuentemente se detenía a discutir con ellos: “si el enemigo estuviera en aquella colina y nosotros aquí con nuestro ejército, ¿cuál de nosotros estaría en ventaja? ¿Cómo se podría salir a su encuentro ordenadamente? Si quisiéramos retirarnos, ¿cómo lo haríamos? Y si se retirasen ellos, ¿cómo les seguiríamos?” Mientras caminaban, pasaban revista a todas las situaciones en las que podría hallarse un ejército; escuchaba sus opiniones, daba la suya, y la corroboraba con razonamientos. Así, merced a estas continuas reflexiones no podía surgir, estando al frente de sus ejércitos, imprevisto alguno para el que no tuviera remedio.

Respecto a lo de ejercitar la mente, debe el príncipe leer historia, poniendo atención a las acciones de los hombres eminentes, viendo cómo se condujeron en las guerras, examinando las causas de sus victorias y derrotas, a fin de evitar

éstas e imitar aquéllas. Y, sobre todo, hacer como ya hicieron ciertos grandes hombres: imitar a quien, antes que él, fue digno de alabanza y de gloria, poniendo siempre en la mente su temple y su modo de actuar; como se dice que hicieron Alejandro de Aquiles, César de Alejandro, Escipión de Ciro. Y cualquiera que lea la vida de Ciro escrita por Jenofonte, reconocerá luego cuanta gloria le deparó a Escipión imitarla, y cuanto de la castidad, afabilidad, humanidad y liberalidad de éste se ajustaba a las descriptas por Jenofonte de aquel. Modos símiles a esos debe observar el príncipe prudente, y nunca en los períodos de paz permanecer ocioso, sino con diligencia hacer tesoro de ellos para poder servirse de él en los momentos adversos, de forma que cuando varíe la fortuna lo halle en disposición de afrontarla.

Acerca de los textos de Maquiavelo:

- ¿Por qué entiende Maquiavelo que el príncipe debe dotarse de su propia milicia?
- ¿Cuáles son los motivos de la desconfianza de Maquiavelo con toda tropa que no sea propia?
- ¿Por qué el príncipe debe priorizar su instrucción en el arte de la guerra?

XIII. Moral individual y poder político

El realismo de Maquiavelo nos remite a lo que tiene que hacer el príncipe para serlo y mantenerse en el poder. Debe ser hábil y astuto; no sentir escrúpulos morales; humillarse cuando sea menester hacerlo, pero sólo para luego imponerse sobre aquél o aquéllos ante quienes por conveniencia se ha humillado; ejercer, cuando es necesario, la violencia; saber halagar a las multitudes para manejarlas mejor, etcétera.

Pero sobre todo debe pasar por encima de los demás poderes, incluyendo el poder espiritual de la Iglesia, la cual estará básicamente a su servicio. Lo que se llama “la moral” es algo propio del hombre privado, del que tiene que afrontar el gran juego del poder y limita su existencia al orden subjetivo. El príncipe, en cambio, se halla “más allá del bien y del mal”, porque su característica capital es la “virtud”, la fuerza y la astucia necesarias para colocarse a la cabeza del Estado, gobernarlo y mantener el poder contra todos los enemigos. El príncipe atenderá la “fortuna” o el conjunto de circunstancias que se hallan fuera de su voluntad; cuando sea factible debe poner la “fortuna” a su servicio o bien saber “resistirla”: en rigor, la resistencia a la “fortuna” es una muestra de astucia y habilidad.

El párrafo precedente, tomado de la entrada *Maquiavelo* del monumental *Diccionario de Filosofía* de Ferrater Mora, nos parece una excelente introducción a lo que vamos a leer a continuación. Serán varios capítulos, donde nuestro autor despliega toda una serie de consejos acerca de la conducta individual del príncipe, abarcando todos los campos. Se encuentra aquí la máxima *expresión* de *maquiavelismo* que podamos encontrar en toda la obra del autor. El príncipe aparecerá *representado* con colores que no son los de un santo pero sí los de un humano dedicado *plena-mente*, en la totalidad de su *ser*, a su obra, para la cual está convencido de que debe conquistar, mantener y acrecentar el poder del Estado.

Capítulo XV: De las cosas por las que los hombres, y sobre todo los príncipes, son alabados o vituperados

Nos queda ahora por ver cuáles deban ser los modos de proceder y actuar de un príncipe en relación con sus súbditos y aliados. Y como sé que son muchos los que han escrito al respecto, temo al escribir ahora yo que se me tome por presuntuoso, máxime cuando al discurrir sobre tales asuntos me alejo de los planteamientos de los demás. Pero siendo mi intención escribir algo útil para quien lo lea, he considerado más apropiado ir directamente a la verdad objetiva de los hechos, que a su imaginaria representación. Pues, muchos son los que han imaginado repúblicas y principados que nadie ha visto ni conocido jamás realmente, y está tan lejos el cómo se vive del cómo se debería vivir, que quien renuncie a lo que se hace en aras de lo que se debería hacer, aprende más bien su ruina que su conservación; y es que un hombre que quiera hacer en todo profesión de bueno, acabará hundiéndose entre tantos que no lo son. De ahí que un príncipe que se quiera mantener necesite aprender a no ser bueno, y a hacer uso de ello o no dependiendo de la necesidad.

Prescindiendo, por tanto, de las cosas imaginadas en relación con un príncipe, y discurriendo sobre las verdaderas, afirmo que a todos los hombres, cuando

se habla de ellos, y en especial a los príncipes por estar en lo más alto, se los caracteriza por algunas de las siguientes propiedades, en grado de procurarles reproches o alabanzas, a saber: a uno se lo tiene por liberal, a otro por tacaño (me valgo de un término toscano, porque avaro en nuestra lengua es quien desea acumular mediante rapiña, mientras tacaño es quien se pasa en no usar lo suyo), a uno se lo tiene por desprendido, a otro por rapaz; a uno por cruel, a otro por clemente; a uno por traidor, a otro por leal, a uno por afeminado y pusilánime, a otro por fiero y valeroso; a uno por humano, a otro por soberbio; a uno por lascivo, a otro por casto; a uno por íntegro, a otro por desleal; a uno por rígido, a otro por flexible, a uno por grave, a otro por frívolo; a uno por devoto, a otro por incrédulo, y así.

Sé que todo el mundo reconocerá que sería cosa harto laudable que un príncipe reuniese de entre las cualidades citadas las que son tenidas por buenas; pero, puesto que no se pueden tener ni observar enteramente, dado que las condiciones humanas lo impiden, necesita aquel ser tan prudente como para evitar incurrir en los vicios que lo privarían del Estado, y preservarse de los que no se lo quiten mientras ello sea posible, mas cuando no lo sea, cabe actuar con el mayor comedimiento. Y no le preocupe entonces la fama que da el practicar los vicios sin los que la salvaguardia del Estado es imposible, pues si se considera todo debidamente, se hallará algo que parecerá virtud, pero que al seguirlo provocará su ruina, y algo que parecerá vicio, pero que al seguirlo le procura seguridad y bienestar.

Capítulo XVI: De la liberalidad y la parsimonia

Comenzando, por tanto, por las primeras cualidades mencionadas, sostengo que sería bueno ser tenido por liberal; empero, la liberalidad, usada en modo que tal se te considere, te perjudica, pues de usarla de manera virtuosa y como es debido pasa desapercibida, y no lograrás sacudirte la infamia de pasar por lo contrario. Y, por tanto, un príncipe que desee tener fama de liberal entre los hombres se verá obligado a no dejar de lado ninguno de los atributos de la suntuosidad, lo que llevará a príncipe semejante a consumir en obras de tal guisa el conjunto de su patrimonio. Al final, si desea preservar la fama de liberal, imponer tributos extraordinarios a su pueblo, aumentar el fisco y llevar a cabo todo cuando sea menester para recabar más dinero. Y ello empezará a hacerlo más odioso ante los súbditos, y que pierda la estima de todos, lo que le convertirá en pobre. De manera que, al perjudicar con su liberalidad a los muchos y beneficiar a unos pocos, se resentirá ante el primer inconveniente y correrá peligro a la menor ocasión de riesgo; cosa ésta que, una vez la advierta y quiera echar marcha atrás, lo hará ser tachado inmediatamente de tacaño.

No pudiendo, por tanto, un príncipe poner en práctica la virtud de la liberalidad sin perjuicio suyo cuando se vuelve manifiesta, debe si es prudente, no preocuparse de que se le tache de tacaño, porque con el tiempo se le considerará cada vez más liberal, al constatarse que, merced a su parsimonia, le son suficientes su ingreso, puede defenderse de quien le hace la guerra, puede emprender

actividades sin gravar a su pueblo, de modo que llega a hacer uso de su liberalidad con todos aquellos a los que nada quita, que son muchísimos, y de la tacañería con todos aquellos a los que no da, que son pocos. En nuestros días hemos visto hacer grandes cosas sólo a los que han sido reputados de tacaños; los otros, quedaron extinguidos. El papa Julio II, que se sirvió de su fama de liberal para acceder al papado, no pensó luego en mantenerla a fin de poder hacer la guerra. El actual rey de Francia ha llevado a cabo tantas guerras sin imponer ninguna contribución extraordinaria a los suyos merced a la parsimonia con la que gestiona los gastos superfluos. El actual rey de España, de haber sido considerado liberal, no habría realizado ni ganado tantas empresas.

Así pues, un príncipe que quiera no robar a sus súbditos, estar en grados de defenderse, no terminar siendo pobre y despreciado, no verse obligado a convertirse en rapaz, no debe preocuparse en demasía de que se le tache de tacaño, porque ese es uno de los vicios que le permiten reinar. Y si alguien objetara que César se hizo con el poder gracias a su liberalidad, o que otros muchos, por haber sido y ser tenidos por liberales, accedieron a los más altos rangos, aduzco: o eres ya príncipe o estás en camino de serlo; en el primer caso, dicha liberalidad es perjudicial; en el segundo es obligado ser tenido por liberal. Y César era uno de los que quería acceder al principado de Roma; mas si una vez llegado hubiera sobrevivido, y no hubiese moderado aquellos gastos, habría destruido tal poder. Y si se replicase que muchos han sido los príncipes que han llevado a cabo grandes empresas con sus ejércitos, a los que, sin embargo, se les tenía por liberales, te respondo: o el príncipe gasta de lo suyo y de sus súbditos o gasta lo de los otros; en el primer caso debe ser parco; en el segundo no debe omitir medida alguna de la liberalidad. Y el príncipe que está en campaña con sus ejércitos, que se nutre de botines, saqueos y tributos, maneja lo de otros, por lo que es menester que se muestre liberal, so pena de abandono por parte de sus soldados. Y de lo que no es ni tuyo ni de tus súbditos se puede ser generoso dispensador, como lo fueron Ciro, César y Alejandro, pues gastar lo de otros no te quita reputación, sino que te la aumenta: gastar lo tuyo es lo único que te perjudica. Y no hay nada que se consuma a sí misma como la liberalidad, pues vas perdiendo la capacidad de usarla a medida que la usas, volviéndote pobre o despreciable, o bien, por huir de la pobreza, rapaz y odioso. Y de entre todas las cosas, lo que más debe evitar un príncipe es granjearse el desprecio y el odio, aquello precisamente a lo que la liberalidad te conduce. Hay pues más prudencia en el ser tenido por tacaño, que genera deshonra sin odio, que por desear fama de liberal verse obligado a ser tachado de rapaz, que genera una deshonra con odio.

Capítulo XVII: De la crueldad y de la clemencia, y de si es mejor ser amado que temido o viceversa

Prosiguiendo hacia las demás propiedades antedichas, afirmo que todo príncipe debe desear que se lo tenga por clemente y no por cruel, si bien debe estar atento a no hacer mal uso de dicha clemencia. A César Borgia se lo tenía por cruel; empero, esa su crueldad había reordenado la Romaña, unido y devuelto la paz y la lealtad. No bien se considera todo eso, más clemente aparecerá el pueblo florentino, que por rehuir la fama de cruel consintió la destrucción de Pistoya. No debe a un príncipe, por tanto, serle de preocupación que se lo repunte de cruel por mantener unidos y leales a sus súbditos, pues con poquísimos castigos ejemplares será más clemente que quienes, por excesiva clemencia, dejan proseguir los desórdenes, y con ellos los asesinatos y rapiñas a que dan lugar; y es que éstos suelen perjudicar al pueblo en su conjunto, en tanto las ejecuciones ordenadas por el príncipe sólo perjudican a algún particular.

Entre todos los príncipes, es al príncipe nuevo al que resulta imposible evitar que se le tache de cruel, al ser los Estados nuevos focos de peligro, pues como dijo Virgilio por boca de Dido:

“Res dura, et vegni novitas me talia cogunt

Molir, et late fines custodi tueri”.

(La difícil situación y la novedad del reino me constriñen a usar tales medidas y a vigilar sin descanso sus fronteras, Virgilio, Eneida, I, vv. 562-563).

Con todo, debe ser ponderado en sus opiniones y actuaciones, no suscitar temores infundados, y proceder en manera temperada, con prudencia y humanidad, para que la excesiva confianza no lo vuelva incauto, y la desconfianza excesiva insoportable.

Surge de aquí un dilema, a saber: si es mejor ser amado que temido o al contrario. Al que se responde que lo mejor sería una y otra cosa a un mismo tiempo, pero que al ser difíciles de conciliar es mucho más seguro ser temido que amado cuando se haya de prescindir de una de las dos. Porque de los hombres cabe en general decir que son ingratos, volubles, falsos, cobardes y codiciosos, y que mientras los tratas bien son todos tuyos, te ofrecen tu sangre, sus bienes, su vida y sus hijos, como antes dije, más siempre y cuando no los necesites; pero cuando es así, se dan media vuelta. Entonces, el príncipe que ha dado crédito a sus palabras, omitiendo ulteriores preparativos, se hunde; porque las lealtades que se obtienen por un precio, y no por la grandeza y nobleza de ánimo, se compran pero no se tienen, y cuando llega el momento no se las puede gastar. Y los hombres tienen menos miramientos para perjudicar a quien se hace amar que a quien se hace temer, porque el amor se mantiene merced al vínculo de la obligación, que la mezquindad de los hombres rompe siempre que está en juego la propia utilidad, en tanto el temor lo mantiene el miedo al castigo, del que nunca te logras desprender. No obstante, debe un príncipe hacerse temer de manera que, si no obtiene amor, consiga rehuir el odio por resultar enteramente compatible el ser temido con el no ser odiado, cosa esa que conseguirá cuando se quede al margen de los bienes de sus ciudadanos y súbditos, y de sus mujeres. Y aún si le fuere

necesario proceder a ejecutar a alguien, siempre que haya justificación suficiente y causa manifiesta para hacerlo. Más por encima de todo debe abstenerse de los bienes ajenos, pues los hombres olvidan antes la muerte del padre que la pérdida del patrimonio. Por lo demás, los motivos para arrebatar los bienes nunca dejan de estar presentes, y quien empieza a vivir de la rapiña hallará, siempre, motivos para apoderarse de lo de otros; en cambio, los motivos para matar son siempre más raros, y faltan con mayor facilidad.

Ahora bien, si el príncipe está con sus ejércitos y tiene a sus órdenes a una multitud de soldados, le es imprescindible pasar por alto la fama de cruel, pues sin ella nunca se mantendrá unido a un ejército, ni predispuesto para la acción. Entre los admirables logros de Aníbal, se cuenta precisamente ese, que pese a disponer de un ejército numerosísimo, en el que se mezclaba un sinnúmero de clases de hombres, llevado a la guerra a tierra extranjera nunca surgiese en él disensión alguna, ni entre ellos ni contra el príncipe, tanto cuando la suerte le era favorable como adversa. Lo que sólo pudo surgir de aquella inhumana crueldad suya, que unida a sus infinitas virtudes lo hizo aparecer siempre ante sus soldados venerable y terrible, para lo cual, sin ella, sus restantes virtudes no habrían surtido efecto. Los historiadores demasiado aprensivos, por una parte, admiran esa obra suya, por otra, condenan la principal causa de la misma.

[...]

Volviendo a lo de ser temido y amado, concluyo que, puesto que los hombres aman por voluntad propia, y temen por voluntad del príncipe, un príncipe prudente debe fundarse en lo que es suyo, y no en lo que es de otros. Debe únicamente engañárselas, según se ha dicho, en evitar el odio.

Capítulo XVIII: De qué modo deben los príncipes mantener su palabra

Cuán loable es que un príncipe mantenga su palabra y viva con integridad y no con astucia, todo el mundo lo entiende; empero, la experiencia muestra cómo en nuestros días han sido los príncipes que han sido poco fieles a la misma, y sabido con astucia enredar las cabezas de los hombres, quienes han llevado a cabo las mayores empresas, y dejado finalmente atrás a los que mantuvieron la lealtad.

Debéis, pues, saber que hay dos modalidades de combate: con las leyes, uno; con la fuerza, el otro. La primera es propia del hombre, la segunda de las bestias, mas al no ser a menudo suficiente el primero, es menester recurrir al segundo. Un príncipe requiere, por tanto, saber usar bien de la bestia y del hombre. Eso es lo que de manera solapada enseñaron los autores antiguos, al afirmar cómo Aquiles y otros muchos de la Antigüedad le fueron confiados al centauro Quirón para que los educase y sometiese a su disciplina. Y tener como preceptor a alguien mitad hombre mitad bestia no significa sino que un príncipe necesita saber hacer uso de una y otra naturaleza, y que la una no dura sin la otra.

Así pues, necesitando un príncipe saber hacer buen uso de la bestia, debe entre todas secundar a la zorra y al león, porque el león no se defiende de las trampas, ni la zorra de los lobos. Requiere, por tanto, ser zorra para recomponer las trampas, y león para amedrentar a los lobos. Los que sólo saben hacer de león, no

saben lo que hacen. No puede, en suma, ni debe, un señor prudente mantener su promesa cuando el hacerlo se le vuelva en contra, y han desaparecido las razones que le llevaron a hacerla. Si los hombres fuesen todos buenos, precepto semejante no sería recto, pero dado que son malvados y no la mantendrían contigo, tampoco tú tienes por qué respetarla con ellos. Nunca faltaron a un príncipe razones legítimas para adobar la inobservancia; cabría aducir al respecto infinidad de ejemplos modernos, y mostrar cuántas paces, cuántas promesas han terminado siendo inútiles y varias a causa de la deslealtad de los príncipes, siendo el que mejor ha sabido utilizar la zorra el que ha salido mejor parado. Pero es menester saber adobar bien dicha naturaleza, y ser un gran simulador y disimulador: son tan simples los hombres, y ceden hasta tal punto ante las necesidades inmediatas, que siempre el que engañe dará con el que se deje engañar.

Al respecto, no quisiera pasar por alto uno de los ejemplos recientes. Alejandro VI jamás hizo nada, ni pensó jamás en nada, que no fuese engañar a los hombres, y siempre encontró pretexto para poder hacerlo. Y nunca hubo hombre alguno más rotundo en el dar garantías, ni que con mayores juramentos afirmase algo y lo cumpliera menos; sin embargo, sus engaños le salieron siempre a la medida de sus deseos, pues era buen conocedor de este aspecto de la realidad.

Así pues, un príncipe no tiene por qué poseer todas las propiedades antedichas, pero sí es del todo necesario que parezca poseerlas. Más aún, hasta me atrevo a decir que, si las tuviera y observara siempre, le serán perjudiciales, mientras que si aparenta tenerlas le son útiles; por ejemplo, parecer clemente, leal, humano, íntegro, devoto, y serlo; pero con el ánimo predispuesto a que, en caso de necesidad, puedas y sepas convertirte en lo contrario. Y se ha de tener presente lo siguiente: que un príncipe, máxime si se trata de un príncipe nuevo, no puede observar todas aquellas cualidades por las que se reputa a los hombres de buenos, pues con frecuencia se requiere, para mantener el Estado, obrar contra la lealtad, contra la compasión, contra la humanidad, contra la religión. Por ello necesita tener un ánimo dispuesto a girar a tenor del viento y de las mutaciones de la fortuna, y, como dije antes, a no alejarse del bien, si puede, pero a saber entrar en el mal, de necesitarlo.

Debe, por tanto, un príncipe preocuparse porque nunca salga de su boca nada que no destile las antedichas cinco ciudades, y parezca, cuando se lo ve o se lo oye, todo clemencia, todo lealtad, todo integridad, todo religión. Siendo esta última la que más de todas deben aparentar tener, pues los hombres en general juzgan más con los ojos que con las manos, pues ver es de todos, mientras tocar es de pocos. Todos ven lo que pareces, pocos tocan lo que eres, y esos pocos no se atreverán a enfrentarse a la opinión de los muchos, que tienen además la majestad del Estado de su parte. Y en las acciones de los hombres, y más aún en la de los príncipes, cuando no hay tribunal al que recurrir, lo que cuenta es el fin. Trate, por tanto, un príncipe de vencer y conservar el Estado: todos los medios siempre serán juzgados honrosos y encomiados por todos, pues el vulgo siempre se deja llevar por las apariencias y el resultado final de las cosas, y en el mundo no hay más que vulgo, careciendo los pocos de sitio donde la mayoría tiene donde apoyarse. Un príncipe de nuestros días, al que no es bueno nombrar,

jamás predica otra cosa sino paz y lealtad, siendo total enemigo de la una como de la otra; y si hubiese observado la una o la otra, lo habrían privado más de una vez de la reputación o del Estado.

Capítulo XIX: De qué modo se debe evitar el desprecio o el odio

Dado que ya he hablado de las más importantes de las propiedades mencionadas anteriormente, voy a examinar las restantes de manera más breve al hilo de la máxima siguiente: que el príncipe se cuide, como en parte ya se dijo, de evitar todo aquello que le genere odio o desprecio. Siempre que lo consiga habrá hecho su parte, y ninguna otra infamia supondrá peligro alguno para él.

Odioso, como dije, lo vuelve sobre todo el ser rapaz y usurpador de los bienes y las mujeres de sus súbditos, de lo cual debe abstenerse. Y cuando a la generalidad de los hombres no se les priva ni de sus bienes ni de su honor, éstos viven contentos, y lo único que queda por combatir es la ambición de unos pocos, que es fácil de contener y en diversos modos. Despreciable lo vuelve el que se le considere voluble, frívolo, pusilánime, inseguro; de ello el príncipe se debe guardar como de un escollo, e ingeniárselas para que en sus acciones se perciba nobleza, coraje, gravedad y fortaleza; debe en los pleitos privados de sus súbditos hacer notar que su sentencia es irrevocable, y mantener su compostura a fin de que nadie piense en engañarlo o embaucarlo.

El príncipe que da de sí dicha imagen adquiere gran reputación, y contra quien la tiene difícilmente se urden conjuras, difícilmente se le ataca cuando se percibe su cualidad de eminente y de reverenciado por los suyos. Porque un príncipe debe temer dos cosas: una interna, proveniente de sus súbditos; la otra externa, proveniente de potentados extranjeros. De ésta se defiende con buenas armas y aliados leales, y éstos lo serán siempre que las armas sean buenas. Y siempre se mantendrán calmas las cosas de dentro cuando lo estén las de fuera, a menos que las haya perturbado alguna conjura en curso; y aún más: aunque se muevan las cosas de fuera, si se ha organizado y conducido como he dicho, siempre que no se deje ir hará frente a cualquier embate, como ya dije del espartano Nabis.

En relación con los súbditos, cuando las circunstancias externas permanecen en calma, no se han de temer conjuras secretas, frente a las que el príncipe se asegura de manera suficiente evitando que se le odie o desprecie, y ganándose la adhesión del pueblo, cosa esa necesaria de lograr, como ampliamente dije antes. Uno de los más poderosos remedios en manos de un príncipe contra las conjuras es que el pueblo no lo odie; en efecto, el que conjura siempre cree dar satisfacción al pueblo con la muerte del príncipe, mas si cree perjudicarlo no se aventuran con decisión semejante, pues los obstáculos que se interponen a los conjurados son infinitos. La experiencia muestra que muchas han sido las conjuras, y pocas las que tuvieron éxito, pues quien conjura no puede estar solo, ni procurarse más cómplice que los que cree descontentos; y tan pronto como descubres tus intenciones a un descontento le das ocasión de contentarse, pues claramente puede esperar toda suerte de gratificación: al ver la ganancia segura de una parte, y turbia y erizada de peligros la otra, por fuerza ha de ser un amigo singular, o enemigo declarado del príncipe, para serte leal. Para decirlo

más brevemente: del lado de los conjurados no hay sino miedo, recelos, temor al castigo, lo que retrae; del lado del príncipe están la majestad del principado, las leyes, la protección que le brindan los amigos y el Estado; si a ello añadimos el afecto popular, nadie habrá tan temerario que trame una conjura, pues si de ordinario el conjurado ya teme la ejecución del delito, en este caso, con el pueblo por enemigo, debe seguir temiendo tras la comisión del magnicidio, al no poder esperar refugio alguno.

[...]

Así pues, concluyo que un príncipe debe preocuparse poco de las conjuras en tanto el pueblo le profese afecto; mas si le fuere enemigo y lo odiara, debe temer cualquier cosa y de todos. Los Estados bien ordenados y los príncipes prudentes han puesto la máxima diligencia en no desesperar a los notables y en dar satisfacción al pueblo y tenerlo contento, siendo ese uno de sus más importantes desempeños.

Entre los reinos bien ordenados y gobernados de nuestra época está el de Francia; proliferan en él las buenas instituciones de las que dependen la seguridad y libertad del rey, siendo la primera de todas el parlamento y su autoridad. Quien organizó aquel reino conocía, de un lado, la ambición e insolencia de los poderosos, y juzgaba necesario ponerles un freno en la boca que los contuviese; y, de otro, conocía el odio del pueblo contra los notables, basado en el miedo; deseando garantizar su seguridad, no quiso que la tarea recayese en el rey, a fin de aliviarlo del malestar que suscitaría en los notables si favoreciese al pueblo, o en el pueblo si favoreciese a los notables. De ahí que instituyese un tercer juez que, sin responsabilidad para el rey, puniera a los notables y favoreciera a los pequeños. No cabe ordenación mejor ni más prudente, ni en grado de brindar mayor seguridad al rey y al reino. De aquí puede deducirse otra máxima importante: que los príncipes deben hacer ejecutar a otros las medidas de castigo y retener para sí mismos las de gracia. Concluyo repitiendo que un príncipe debe mostrar estima a los notables, pero no hacerse odiar por el pueblo.

[...]

Es menester señalar aquí que el odio se conquista tanto mediante las buenas obras como con las malas; por ello, como dije antes, un príncipe que quiera mantener el Estado se ve con frecuencia forzado a no ser bueno, pues cuando una de tales partes –el pueblo, los soldados o los notables–, que tú consideras necesaria para mantenerte, está corrompida te ves obligado a actuar a su aire para satisfacerla, y entonces las buenas obras te son enemigas.

[...]

Acerca de los textos de Maquiavelo:

- En síntesis ¿cómo considera Maquiavelo que debe ser la conducta de un príncipe?
- ¿Cómo debe el príncipe manejarse con el dinero?
- ¿Qué exacto balance entre clemencia y crueldad debe sostener un príncipe?
- ¿Cuál es el límite a la posibilidad de que un príncipe no cumpla con sus promesas?
- ¿Cómo propone Maquiavelo manejarse frente al temor y al amor, al odio y al desprecio?
- A partir de la famosa afirmación de Maquiavelo: *Si logra con acierto su fin se tendrán por honrosos los medios conducentes al mismo*, se dio lugar a la posterior interpretación resumida en el apotegma de *el fin justifica los medios*. Leyendo con atención se comprende, sin embargo, que es el logro de los fines –es decir: el éxito (y no los fines en sí mismos)– lo que permite al príncipe justificar los medios empleados. ¿Entonces, hay razones para sostener igualmente la fama de que Maquiavelo propugnaba que cualquier cosa valía para alcanzar los objetivos deseados? ¿Por qué?

XIV. La política: un juego sin reglas fijas

El capítulo que leeremos a continuación resulta interesante porque incorpora cierta *flexibilidad* en lo que, hasta ahora, parece ser un recetario de tareas que debe realizar el gobernante. Hemos señalado antes que, salvo la consideración, al comienzo del libro, del rol de la fortuna, da la sensación de que la utilización de la experiencia y de la historia por parte de Maquiavelo es empirista y naturalista. *Los hechos hablan por sí mismos*; y los ejemplos históricos pueden ser utilizados para ilustrar los distintos axiomas sin que deba tomarse en consideración la posibilidad de que se haya producido cambio alguno en la naturaleza humana. No es que ahora Maquiavelo abandone estos pilares metodológicos centrales de su construcción teórica. Pero sí nos dejará con la sensación de que todo es mucho más complejo, y que no basta una simple analogía superficial para desprender de ella una regla de conducta.

Una vez más, tomará de su infinito arsenal histórico nuevos ejemplos, que, operando esta vez como *contra-ejemplos*, pondrán en duda algunas de sus afirmaciones anteriores. Pero no se trata de que ahora Maquiavelo proponga un cambio de método para sacar sus conclusiones acerca de cómo hacer política. Simplemente nos pondrá en guardia sobre la necesidad de seguir estudiando, de buscar más y más inspiración en la historia política.

Capítulo XX: Si las fortalezas y otras muchas cosas hechas por los príncipes son útiles o inútiles

Algunos príncipes, para conservar el Estado de modo seguro, han desarmado a sus súbditos; otros han mantenido la división de las ciudades sometidas; algunos han alimentado disensiones contra ellos mismos, otros han optado por ganarse a quienes le resultaban sospechosos cuando accedieron al poder; unos han construido fortalezas; otros las han demolido y destruido. Y si bien no me es posible sobre todo ello dar una regla fija sin entrar en las particularidades del Estado en el que se haya de tomar alguna decisión semejante, hablaré empero con la generalidad que el tema en cuestión permite.

Ciertamente, jamás hubo príncipe nuevo que desarmase a sus súbditos; antes bien, cuando los ha encontrado desarmados siempre los ha armado; y es que al armarlos, dichas tropas se hacen tuyas, se vuelven leales los que te infunden sospechas y quienes ya lo eran lo siguen siendo, convirtiéndose de súbditos en partidarios tuyos. Y puesto que no se puede armar a todos los súbditos, al beneficiar a los que tú armas frente a los demás puedes moverte con mayor seguridad; y apercibiéndose de tu singular modo de tratarlos, se sienten obligados hacia ti; los otros te excusan, pues consideran necesario que obtengas más beneficios los más comprometidos con los peligros y las obligaciones.

En cambio, cuando los desarmas, los estás ya ofendiendo, manifiestas desconfianza hacia ellos o por cobardía o por deslealtad, y cualquiera de esas dos opiniones genera odio hacia ti. Y como no puedes estar desarmado, por fuerza has de recurrir a las tropas mercenarias, cuya naturaleza ya vimos cómo era; y

aunque fueran buenas, no lo serían tanto como para defenderte de enemigos poderosos y de súbditos sospechosos. Por ello, según he dicho, un príncipe nuevo en un principado nuevo siempre ha formado su ejército. De ejemplos así están llenas las historias.

Ahora bien, cuando un príncipe adquiere un Estado nuevo que como un miembro más se añade al ya suyo, entonces le es necesario desarmar tal Estado, salvo a quienes durante la conquista fueron partidarios suyos; e incluso a esos, con el tiempo y oportunamente, tiene que volverlos blandos y afeminados, ordenándose de tal forma que todas las armas de tu Estado las empuñen tus propios soldados, los que viven contigo en tu Estado de antes.

Solían decir nuestros mayores y los reputados de sabios que era menester conservar Pistoia con el odio de las facciones y Pisa con las fortalezas, alimentaban así las discordias en cada ciudad sometida, a fin de poseerlas con mayor facilidad. Eso, en los tiempos en los que por así decir había en Italia un cierto equilibrio, debía estar bien, pero no creo que hoy pueda servir de precepto, pues dudo mucho que las divisiones hagan jamás bien alguno; al revés, cuando el enemigo se aproxima por fuerza las ciudades divididas se perderán de inmediato, pues siempre la parte más débil se aliará a las fuerzas externas, y la otra tendrá que ceder.

Los venecianos movidos, según creo, por dichas razones alentaban las facciones güelfas y gibelinas en las ciudades sometidas a su dominio, y si bien nunca permitían que corriera la sangre, alimentaban igualmente entre ellos las desavenencias, para que los ciudadanos, atareados en sus discordias, no se unieran contra ellos. Una práctica que, como se vio, no les daría resultado, pues derrotados en Vailate parte de las mismas se llenó de arrojo y les arrebató la totalidad del Estado. Delatan, por tanto, procedimientos símiles debilidad del príncipe, pues en un principado vigoroso jamás se permitirán tales divisiones, por cuanto únicamente lo benefician en tiempos de paz, al ayudar a manejar más fácilmente a los súbditos; mas llegada la guerra, dicho procedimiento muestra su debilidad.

Sin duda los príncipes se hacen grandes cuando superan las adversidades y los obstáculos que se les interponen; por eso la fortuna, máxime cuando quiere hacer grande a un príncipe nuevo, más necesitado de adquirir reputación que otro hereditario, hace que le surjan enemigos, obligándolo a medirse con ellos a fin de tener ocasión de superarlos, y por la escala que aquellos le tienden subir todavía más alto. De ahí que muchos piensen que un príncipe prudente debe, cuando tenga ocasión, fomentarse astutamente alguna animosidad, para que cuando se sobreponga a la misma aumente su grandeza.

Los príncipes, y en particular los nuevos, han hallado más lealtad y utilidad en aquellos hombres a los que se tenía en sospecha al comienzo de su gobierno, que en los que al principio se confiaba. Pandolfo Panducci, príncipe de Siena, regía su Estado apoyándose más en quienes le habían infundido sospechas que en los otros. Más al respecto no cabe generalizar pues cambia a tenor de la situación. Tan sólo diré que para un príncipe será siempre en extremo fácil ganarse a aquellos hombres que, enemigos al inicio del principado, necesitan de apoyos para mantenerse; tales hombres se ven más obligados a servirlo con lealtad al saber que precisan cancelar con hechos la adversa opinión que se tenía de ellos. Así es

como el príncipe extrae mayor utilidad de ellos que de quienes, por su exceso de fidelidad, descuidan sus asuntos.

Y puesto que la materia lo pide, al príncipe que acaba de hacerse con un Estado merced al apoyo de sus habitantes no quiero pasar por alto el recordarle que examine a fondo la razón que ha movido a apoyarlo a quienes lo apoyaron. Y si no se trata de afección natural hacia él, sino sólo de descontento con la situación precedente, con denuedo y gran dificultad podrá mantenérseles leales, habida cuenta de la imposibilidad de contentarlos. Y si examina atentamente con los ejemplos que derivan de los hechos antiguos y modernos las causas de todo eso, comprobará que le resulta mucho más fácil ganarse la lealtad de los hombres satisfechos con el Estado anterior y, en consecuencia, enemigos suyos, que la de quienes, por no estarlo, se hicieron partidarios suyos y lo ayudaron a ocuparlo.

En aras de una más segura conservación de su Estado, ha sido costumbre de los príncipes edificar fortalezas que sirvieran de brida y freno a quienes planeasen actuar contra ellos, y como refugio seguro ante un imprevisto ataque. Alabo tal proceder, en cuanto usado desde antiguo. No obstante, se ha visto en nuestros días a micer Niccoló Vitelli derribar dos fortalezas en Città di Castello para mantener dicho Estado. Guidobaldo, duque de Urbino, de regreso a sus dominios, de donde le expulsara César Borgia, destruyó hasta los cimientos todas las fortalezas del citado territorio, juzgando que sin ellas volvería a perder el Estado menos fácilmente. Los Bentivoglio, tras su retorno a Bolonia, se sirvieron de medidas similares.

Las fortalezas, en suma, son útiles o no según las circunstancias, favoreciéndote a veces y perjudicándote otras. Al respecto, cabe razonar así: el príncipe que tenga mayor temor de su pueblo que de los extranjeros, debe construir fortalezas; pero el que tema más a los extranjeros que a su pueblo, debe dejarlas de lado. [...] De ahí que la mejor fortaleza posible sea no ser odiado por el pueblo, pues aunque tengas fortalezas, si el pueblo te odia, no te salvan: nunca faltan a los pueblos, una vez que han tomado las armas, foráneos que acudan a su auxilio. [...] De poco le sirvieron las fortalezas cuando César Borgia la atacó y el pueblo, enemigo suyo, se alió con los foráneos. Por lo tanto, entonces como antes, habría sido más seguro para ella que el pueblo no la odiase a tener fortalezas. Así pues, sopesado todo esto, alabaré tanto al que construya fortalezas como al que no, y censuraré a todo aquél que, fiando en ellas, tenga en poco el ser odiado por el pueblo.

Acerca de los textos de Maquiavelo:

- ¿Qué propone Maquiavelo para gobernar garantizándose lealtad?
- ¿Cuál es límite que establece Maquiavelo a la tradicional frase: *divide y reinarás*?
- ¿Cómo se obtiene la lealtad de aquéllos que se oponen al príncipe al comienzo de su mandato?
- ¿Por qué Maquiavelo considera tan importante la lealtad del pueblo, mientras que establece una regla diferente para elegir los apoyos más cercanos con quien gobernar?

XV. La grandeza de la acción política se encuentra en los fines que persigue y obtiene

Hay moral en Maquiavelo. Si bien la famosa frase *el fin justifica los medios*, que siempre se le atribuye, no puede encontrarse literalmente en ninguno de los párrafos de nuestro autor, da la sensación de sobrevolar toda la obra. Pero acá el ilustre florentino prefigura en términos generales algo que develará en el capítulo final: toda esta terrible y despiadada actividad sólo tiene sentido si los motivos por los que se la realiza son realmente *grandes*. Ser un príncipe es un trabajo dramático, sin redención y sin justificación. El que lo ejerce debe estar dispuesto hasta a perder el cielo y ser arrojado a los infiernos (con toda la potencia que tiene esta expresión en los siglos XV y XVI). Pero lo hace para redimir a un pueblo, para salvarlo, para construir una nación, para darle un sendero grandioso en la historia de la humanidad.

Los fines, entonces, son los que *santifican* esta despiadada actividad. Una bocanada de aire fresco recorre la lectura del capítulo que presentamos a continuación. Sin embargo, no conviene relajarse demasiado ya que los elementos más terribles y despiadados del arte de la dominación política también estarán presentes en la escritura siguiente.

Capítulo XXI: Qué conviene a un príncipe para ser estimado

Nada eleva la estima de un príncipe como las grandes empresas y el dar de sí ejemplos singulares. En nuestros tenemos el caso de Fernando de Aragón, actual rey de España, al que casi puede llamarse príncipe nuevo, pues su fama y su gloria han hecho del rey débil que era, el primer rey de los cristianos. Si tomáis en consideración sus acciones las hallaréis todas grandiosas y alguna extraordinaria. [...] Siempre ha realizado y urdido grandes cosas que constantemente han mantenido en vilo y asombrado los ánimos de sus súbditos, y atentos a su desenvolvimiento. Y tales acciones se han sucedido tan en fila unas de otras que nunca dio ocasión a los hombres de poder obrar tranquilamente contra él.

Favorece asimismo mucho a un príncipe dar de sí ejemplos singulares al regir los asuntos internos [...], de modo que cuando en la vida civil se dé la ocasión de que alguien haga algo extraordinario, para bien o para mal, adopte un modo de premiarlo o castigarlo que dé mucho que hablar. Y, sobre todo, un príncipe debe ingeniárselas para dar de sí, en cada una de sus acciones, fama de hombre grande y de ingenio excelente.

Se estima igualmente a un príncipe cuando es verdadero amigo y verdadero enemigo, es decir, cuando se alía sin ambages con uno en contra de otro. Decisión esa siempre más útil que permanecer neutral, pues si dos poderosos vecinos tuyos viniesen a las manos, puede ocurrir o que hayas de temer al posible vencedor, o que no. En ambos casos te será de mayor utilidad decidirte por un bando y luchar como se debe; en el primer caso, en efecto, si no lo haces serás siempre presa del vencedor, para regocijo y satisfacción del vencido, y no habrá razón ni expediente alguno que te defienda o te proteja. Y es que el vencedor no quiere amigos dubitativos que se retraigan en la adversidad; y el derrotado no te protege por no haber acudido tú, armas en mano, en apoyo de su suerte.

[...]

Siempre ocurrirá que el que no es amigo busque tu neutralidad, y el que sí lo es te exija que tomes partido con las armas. Los príncipes indecisos, para evitar los peligros presentes, toman las más de las veces la opción neutral, y las más de las veces se van a pique. En cambio, cuando valientemente el príncipe toma partido por uno de los bandos, si tu aliado resulta vencedor, por poderoso que fuere y aún quedando tu a su disposición, tiene contraída una obligación hacia ti, y hay afecto en la relación: y los hombres nunca son tan deshonestos como para, en craso ejemplo de ingratitud, ir en tu contra. Además, las victorias nunca son tan tajantes que el vencedor no haya nunca de albergar algún temor, máxime a la justicia. Y si fuera tu aliado el derrotado, siempre te dará amparo, y te ayudará mientras pueda, convirtiéndote en copartícipe de una fortuna en grado de resurgir.

En el segundo caso, cuando los que se enfrentan son de condición tal que no hayas de sentir temor, es aún más prudente tomar partido, pues contribuyes a hundir a uno con la ayuda de quien, si fuese prudente, lo debería salvar; y si resulta vencedor, quedará a tu discreción, siendo imposible que, con tu ayuda, no lo sea.

Cabe notar aquí que un príncipe debe reparar en no forjar una alianza con otro más poderoso que él al objeto de perjudicar a terceros, sino acuciado por la necesidad: como antes se dijo, pues si vence te conviertes en su rehén, y los príncipes deben evitar al máximo estar a discreción de otros. [...] Nunca crea un Estado tomar decisiones con total seguridad; piense más bien que siempre se hallará en terrenos movedizos, pues forma parte del orden de las cosas que siempre que se busque evitar un inconveniente acabe cayéndose en otro; mas la prudencia consiste en saber reconocer la índole de los inconvenientes, y adoptar el menos malo por bueno.

Debe igualmente un príncipe mostrar predilección por el talento, y conceder honores a quienes sobresalen en un arte. Junto a ello, debe velar por que sus ciudadanos ejerzan en paz sus oficios, tanto en el comercio, como en la agricultura o en cualquier otra actividad, sin temor a mejorar sus posesiones pensando en que le serán arrebatadas, o bien a abrir un negocio por culpa de los impuestos. En lugar de eso, debe procurar recompensas a quien esté dispuesto a realizar tales menesteres, y a todo aquel que piense en engrandecer su ciudad o su Estado por el procedimiento que fuere. También debe, aparte de eso, entretener a la gente con fiestas y espectáculos en las fechas idóneas del año. Y puesto que toda ciudad se halla dividida en corporaciones o en barrios, debe tenerlos en consideración, reunirse con ellos cada cierto tiempo y dar de sí ejemplos de humanidad y munificencia, mas preservando siempre la majestad de su cargo, pues ésta ha de estar presente en toda circunstancia.

Acerca de los textos de Maquiavelo:

- ¿Cómo articula Maquiavelo su batería de consejos para que el príncipe gane respeto y admiración?
- ¿Por qué es importante en política tener siempre la iniciativa?
- ¿Qué relación establece entre la política de alianzas y correlación de fuerzas?
- En el último párrafo, ¿qué balance puede hacerse entre consejos que engrandecen al principado en su conjunto y aquéllos otros que siguen la lógica romana del *pan y circo*?
- Si para Maquiavelo lo definitorio, lo que da grandeza y estima, son los fines por los que se lucha ¿hasta dónde cualquier método es válido? ¿Hasta dónde es lícito llegar para evitar un hecho atroz, por ejemplo, un genocidio?

XVI. El arte de saber de quién rodearse

En muchas ocasiones se ha señalado, en la historia de la política mundial, que las grandes decisiones no surgen exclusivamente de las cabezas de los líderes políticos, sino de sus asesores, consejeros, ministros o secretarios. Esas *eminencias grises*, algunas veces casi desconocidas, que tienen el privilegio del acceso al círculo íntimo del gran político. Siempre existieron, ningún gran dirigente pudo trabajar sin ellos. Nacieron quizás con el mismo surgimiento del Estado, en las lejanías del Imperio Chino, o en el mundo de los faraones egipcios. Fueron centrales en la polis griega y en la Roma clásica, tanto en la república como en el Imperio. Pero su importancia creció muchísimo con el surgimiento de los Estados-Nación modernos, y con la complejidad de las políticas públicas. Max Weber hace una excelente disección de todo esto en su célebre texto *La política como vocación*.

Estas personas que rodean al príncipe no sólo tienen que ser capaces. Además, al seleccionarse dentro del círculo de lo que Maquiavelo denomina *los notables*, son los que tienen capacidad de traicionar y corromperse. Más de un gobernante, a lo largo de los siglos, tuvo que pagar un altísimo costo político por las tropelías de algún miembro de su círculo áulico. Por eso resulta sumamente interesante cómo nuestro autor nos introduce aquí en este fundamental y muchas veces poco conocido aspecto de la política, el que se resuelve en los pasillos, en las antecámaras y en las oficinas que rodean al príncipe.

Capítulo XXII: De los secretarios de los príncipes

No es asunto de poca monta para un príncipe la elección de sus ministros, que son buenos o no según la prudencia de aquél. La primera conjetura que se hace acerca de la inteligencia de un señor es a partir de los hombres de que se rodea; cuando son competentes y leales cabe reputarle siempre de prudente, ya que ha sabido reconocer su competencia y preservar su lealtad. En cambio, cuando son de otra manera, siempre es posible hacerse una mala opinión de él, pues el primer error que comete lo comete en esta elección.

[...]

Hay tres clases de inteligencia: una que comprende por sí misma; otra que discierne lo que otros comprenden, y una tercera que no comprende por sí misma ni por medio de los demás, siendo la primera eminente, la segunda excelente y la tercera inútil; [...] pues siempre que alguien tiene talento para conocer lo bueno y malo que otro hace y dice, aunque de por sí no esté en grado de descubrirlo, reconoce las obras malas y buenas de su ministro, alabando estas y enderezando aquellas; así, el ministro, que no puede esperar engañarlo, se mantiene bueno.

Respecto de cómo pueda un príncipe reconocer al ministro hay un método infalible: si tú ves al ministro pensar más en él que en ti, buscar beneficios para sí en cada una de sus acciones (un sujeto así nunca será buen ministro) nunca podrás confiar en él: y es que alguien que tiene en su mano el poder del príncipe nunca debe pensar en sí, sino en aquél, ni recordarle nada que no tenga que ver con lo suyo. Mas por otro lado, el príncipe, para preservar su lealtad, debe pensar

en su ministro, otorgarle honores, hacerlo rico, vincularlo a su persona, hacerlo partícipe de dignidades y cargos; para que así vea que no puede estar sin él, y que los abundantes honores no lo hagan desear más honores, las abundantes riquezas no lo hagan desear más riquezas, y que sus numerosos cargos lo hagan temer toda mutación. Así pues, cuando los ministros y los príncipes en relación con los ministros actúan de ese modo, pueden confiar el uno en el otro; cuando sucede de otro modo, siempre habrá un mal final para uno o para el otro.

Capítulo XXIII: De qué modo se ha de rehuir a los aduladores

No quiero pasar por alto un punto importante, un error contra el que apenas si toman precauciones los príncipes, a menos que sean sumamente prudentes o hagan una buena elección. Me refiero a los aduladores, que en las cortes pululan; porque los hombres se regalan tanto con lo propio, engañándose por tanto, que difícilmente se protegen contra peste así; y cuando lo quieren hacer, corren el riesgo de volverse despreciables. Y es que no hay otro modo de guardarse de las adulaciones, sino que los hombres sepan que no te ofenden diciéndote la verdad, mas cuando todos pueden decirte la verdad, se te falta el respeto. Por lo tanto, un príncipe prudente debe seguir una tercera manera, esto es, elegir en su Estado a hombres juiciosos, los únicos a los que debe concederles la libertad de decirle la verdad, y sobre aquello que él pregunta y nada más; debe, no obstante, preguntarles acerca de todo y escuchar sus opiniones, para luego decidir por sí mismo. Frente a tales consejos y consejeros debe comportarse de modo que todos sepan que, cuanto más libremente hablen, mejor recibidos serán; aparte de ellos, no escuchará a nadie, ejecutará la decisión tomada y la mantendrá con energía. Quien obra diversamente, o se hunde debido a los aduladores o cambia a menudo de opinión ante la diversidad de pareceres, de donde proviene el que se le estime en poco.

Deseo al respecto aducir un ejemplo de hoy. El padre Luca, hombre del actual emperador Maximiliano, hablando de su majestad dijo que nunca pedía consejo a nadie, y que nunca hacía nada como quería, modo ese de actuar contrario al recién descrito. El emperador es, en efecto, un hombre reservado, que no participa sus designios a nadie ni escucha opinión alguna; pero como al ponerlos en práctica en práctica empiezan a revelarse, rápidamente son puestos en cuestión por quienes están en torno, y él, vacilante, se desdice de los mismos. De ahí deriva que las cosas que hace un día las destruye al siguiente, por lo que jamás se entiende qué quiere o planea hacer ni puede nadie basarse en sus decisiones.

Así pues, un príncipe debe siempre tomar consejo, mas cuando quiere él, y no cuando otros quieren; debe incluso disuadir a los demás que le den consejo sobre algo si no lo pide, si bien él debe preguntar continuamente, escuchando luego con paciencia la verdad sobre cuanto preguntó, o mejor aún: enfadarse cuando observa que alguien, por el motivo que sea, no se la dice. Muchos consideran que un príncipe que transmite de sí la imagen de prudente no lo deba a su talante natural, sino a los buenos consejos de quienes se rodea, mas se engañan; hay una regla infalible, a saber, que un príncipe que por sí mismo no sea prudente no puede ser bien aconsejado, a menos que fortuitamente delegue el entero

gobierno en un solo hombre de gran prudencia. Un caso así podría darse, pero duraría poco, ya que dicho gobernador le arrebataría el Estado en poco tiempo, pero si tiene más de un consejero, un príncipe que no sea prudente jamás tendrá consejos coherentes, ni sabrá nunca unificarlos: los consejeros actuarán cada uno pensando en su provecho, y él no sabrá ni rectificarlos ni reconocerlos. Y no caben más casos, pues los hombres siempre te saldrán malos, a no ser que una necesidad los vuelva buenos. La conclusión, por tanto, es que los buenos consejos, provengan de quien provengan, nacerán de la prudencia del príncipe, y no la prudencia del príncipe de los buenos consejos.

Acerca de los textos de Maquiavelo:

- ¿Cómo debe elegir el gobernante a sus ministros y secretarios?
- ¿Cómo debe trabajar el príncipe con sus subordinados, consejeros y ministros?
- ¿Cuál es el método que propone Maquiavelo para hacer buen uso de los consejos de sus ministros y asesores?
- ¿Qué ejemplos de grandes *eminencias grises* podemos encontrar en la historia? ¿En qué casos cumplieron un rol progresivo, alumbrando al gobernante sobre asuntos oscuros y en qué otros fueron figuras *tenebrosas*, donde se puede hallar el *huevo de la serpiente* de decisiones terribles? ¿Existe una regla para poder diferenciar unos de otros?

XVII. La influencia de la suerte y el momento histórico en los liderazgos exitosos

Sin negar la existencia de la *fortuna*, avanzará acá Maquiavelo en su diagnóstico final: los príncipes que han perdido sus Estados en Italia fueron víctimas de su propia incapacidad política habiendo violado, en muchos casos, reglas elementales de la conservación del poder. A la *fortuna*, que existe como una y otra vez quiere recordarnos Maquiavelo, sólo se la enfrenta con la virtud organizada.

Pero la fortuna no es simplemente el acometer de hechos imprevistos. Es, en términos concretos, la suma de acontecimientos históricos que determinan una coyuntura. Por eso, si bien el príncipe no puede definir en qué *momento* le tocará vivir y actuar, sí puede y debe intentar que sus decisiones estén acordes a ese momento. Un liderazgo político sólo es viable si pertenece a esa coyuntura histórica, si es *el personaje* que encaja con la historia en esa hora y lugar.

Capítulo XXIV: Por qué los príncipes de Italia han perdido sus Estados

La prudente observación de las reglas antedichas hace que un príncipe nuevo parezca antiguo, y le infundan de inmediato mayor seguridad y firmeza a su poder que si lo detentara desde hace largo tiempo. Las acciones de un príncipe nuevo, en efecto, son observadas con más atención que las de uno hereditario, y si se las reputa virtuosas calan más hondamente en los hombres y los obligan a él más estrechamente que la antigüedad de la sangre. Ello se debe a que en los hombres ejercen más fuerza las cosas presentes que las pasadas, y si en las presentes hallan el bien, gozan de él sin pensar en más; mejor aún, correrán por completo en su defensa mientras en lo demás siga fiel a sí mismo. Su gloria así será doble, pues habrá instaurado un principado nuevo y adornado y fortalecido con buenas leyes, buenas armas, buenos aliados y buenos ejemplos; como es doble la vergüenza de quien, habiendo nacido príncipe, su escasa prudencia se lo hizo perder.

Quien medite sobre los señores que, en nuestros días, han perdido en Estado en Italia, como el rey de Nápoles, el duque de Milán y otros, descubrirá en ellos, en primer lugar, un defecto común en relación con sus tropas, por las razones ya expuestas; luego, en alguno hallará que era enemigo del pueblo, o que si el pueblo le era leal no se supo guardar de los notables, defectos esos sin los cuales no es posible perder Estados con tanta potencia como para mantener un ejército en campaña.

Por tanto, esos príncipes nuestros, que por muchos años habían mantenido sus principados para luego perderlos, que no acusen a la fortuna por ello, sino a su propia indolencia; pues al no haber pensado nunca durante los tiempos de paz que podía haber cambios (se trata de un defecto común entre los hombres el no hacer caso de la tempestad durante la bonanza), cuando después vinieron tiempos adversos pensaron en huir y no en defenderse, creyendo que el pueblo, hastiado de las afrentas de los vencedores, los volverían a llamar. Semejante decisión, cuando fallan las otras, es buena; pero es bien malo haber descuidado los restantes remedios por ese, pues uno nunca debería dejarse caer en la esperanza

de toparse con quien lo recoja. Cosa que o no sucede o si sucede no es para tu seguridad, por tratarse de una forma de defensa vil y no depender de ti. Tan sólo son buenas, tan sólo seguras y tan sólo duraderas las formas de defensa que dependen de ti mismo y de tu virtud.

Capítulo XXV: Cuál es el poder de la fortuna en las cosas humanas y cómo se le puede hacer frente

No me es ajeno que muchos han sido y son de la opinión que las cosas del mundo estén gobernadas por la fortuna y por Dios al punto que los hombres, con toda su prudencia, no están en grado de corregirlas, o mejor, ni tienen siquiera remedio alguno. De ahí podrían deducir que no hay por qué poner demasiado empeño en cambiarlas, sino mejor dejar que nos gobierne el azar. Las grandes mutaciones que se han visto y ven a diario, más allá de toda conjetura humana, han dado más crédito a esa opinión en nuestra época.

Pensando yo en eso de vez en cuando, en parte me he inclinado hacia dicha opinión. Con todo, y a fin de preservar nuestro libre albedrío, juzgo que quizás sea cierto que la fortuna sea árbitro de la mitad de nuestro obrar, pero que el gobierno de la otra mitad, o casi, lo deje para nosotros. Se me asemeja a uno de esos ríos torrenciales que, al enfurecerse, inundan los llanos, asolan árboles y edificios, arrancan tierra de esta parte y se la llevan a aquella: todos huyen a su vista, cada uno cede a su ímpetu sin que pueda refrenarlo en lo más mínimo. Pero aunque sea ésa su índole, ello no obsta para que, en los momentos de calma, los hombres no puedan precaverse mediante malecones y diques de forma que en próximas crecidas o discurrirían por un canal o su ímpetu no sería tan desenfrenado ni tan perjudicial.

Algo similar pasa con la fortuna: esta muestra su potencia cuando no hay virtud organizada que se le oponga, y por tanto vuelve sus ímpetus hacia donde sabe que no se hicieron ni malecones ni diques para contenerla. Y si ahora concentráis vuestra atención en Italia, que es el escenario de todas esas transformaciones y la que las ha puesto en marcha, comprobaréis que se trata de un campo que carece de malecones y de todo tipo de diques. Y que de haberse protegido con adecuada virtud, como Alemania, España o Francia, o la inundación no habría producido esas grandes transformaciones o ni habría tenido siquiera lugar. Y con lo dicho quiero que baste respecto al hacer frente a la fortuna en general.

Pero limitándome más a los detalles, afirmo que se ve a príncipes prosperar hoy y arruinarse mañana sin haber cambiado su natural o sus cualidades, lo que creo derive, primero, de las razones tan largamente examinadas antes, a saber: que el príncipe que todo lo basa en la fortuna se hunde con el mutar de la misma. Creo además que prospere aquel cuyo proceder concuerda con la calidad de los tiempos, y que, de manera similar, caiga aquel que no actúe en consonancia con ella. En efecto, vemos que al perseguir sus fines respectivos, la gloria y las riquezas, los hombres se comportan de distinto modo: uno con precaución, el otro impetuosamente; uno con violencia, el otro con sagacidad; uno con paciencia, el otro al contrario; y cada uno, con esos diversos procedimientos, los puede obtener. También se ve que dos personas precavidas, una logra su objetivo y la

otra no; y, análogamente, a dos prosperar igualmente siguiendo métodos diversos, siendo el uno precavido y el otro impetuoso. Ello se debe a la calidad de los tiempos, que está en consonancia o no con su proceder. De aquí lo que ya dije, esto es, que dos que actúen diversamente produzcan el mismo efecto, y que dos que actúen igualmente, uno logra su objetivo y el otro no. De aquí igualmente lo diverso del resultado, pues si alguien se conduce con precaución y paciencia, y los tiempos y las cosas se mueven de forma que su proceder sea bueno, va prosperando; pero si los tiempos y las cosas mutan, se hunde, pues no varía su modo de obrar. Y no hay hombre tan prudente capaz de adaptarse a ello, sea porque no puede desviarse de aquello hacia lo que lo inclina su naturaleza, o sea porque al haber progresado siempre por una misma vía no se persuade de desviarse de ella. Así, el hombre precavido, al llegar el momento de volverse impetuoso, no sabe hacerlo, por lo que va a la ruina; en cambio, si se cambiase de naturaleza con los tiempos y las cosas, no se cambiaría de fortuna.

[...]

Así pues, concluyo que, al mutar la fortuna y seguir apegados los hombres a su modo de proceder, prosperan mientras ambos concuerdan y fracasan cuando no. Ésta es, por cierto, mi opinión: es mejor ser impetuoso que cauto, porque la fortuna es mujer y, es necesario, si se la quiere poseer, forzarla y golpearla. Y se ve que se deja someter más por éstos que por quienes fríamente proceden. Por ello, es siempre, como mujer, amiga de los jóvenes, pues éstos son menos cautos, más fieros y le dan órdenes con más audacia.

Acerca de los textos de Maquiavelo:

- ¿A qué adjudica Maquiavelo las derrotas políticas de los dirigentes de distintos Estados de la península itálica?
- ¿Cómo debe prepararse el príncipe para enfrentar las circunstancias fortuitas?
- De acuerdo con Maquiavelo: un líder político ¿es un producto de las circunstancias o aquel que mejor sabe adaptarse y modificar la realidad?
- ¿Cómo vuelve a plantear Maquiavelo, ya en el final del libro, las diferencias y dificultades en gobernar un Estado nuevo en comparación con uno adquirido?

XVIII. Maquiavelo como precursor del Estado Nación italiano

Muchísimo se ha discutido sobre este último capítulo de *El Príncipe*. Acá aparece finalmente el *objetivo*, el *fin* de toda esa compleja trama de lucha por la obtención, conservación y ampliación del poder: Maquiavelo aspira a la conformación de Italia como un solo Estado. Recurre para ello a la historia común, al glorioso pasado romano. Pero no se confunde: sabe que la *fortuna* ha mutado, y estamos en otros tiempos. Conoce las dificultades, sabe de los problemas que ocasiona para la península el hecho de estar partida geográfica y políticamente por la existencia justo en su centro de los territorios del papado.

Maquiavelo diagnostica la necesidad de un liderazgo fuerte que sólo puede salir de alguna de las *familias* que disputan el poder en las distintas regiones de Italia, con la suficiente *virtud* para disciplinar al resto y someterlo a un mandato único. Nuestro autor es moderno, entonces, por la feroz separación entre política y teología que hay en sus textos y también porque vislumbra, en un momento donde, en algunas partes de Europa, la necesidad de la construcción del Estado Nación estaba en pañales.

La paradoja histórica será que la Italia de las ciudades que vieron nacer a la burguesía, las de la cuna del Renacimiento, las de hombres como Maquiavelo, tendrá que esperar hasta la segunda mitad del siglo XIX para ver conformada su unidad estatal nacional.

Capítulo XXVI: Exhortación a ponerse al mando de Italia y liberarla de los bárbaros

Teniendo en cuenta, pues, todo lo examinado hasta aquí, y pensando para mí si en la Italia de hoy corrían tiempos de honrar a un nuevo príncipe, y si había materia que diese ocasión a un prudente y virtuoso de introducir la forma que a él le procurara honor y bien a la totalidad de los hombres de Italia, me parece que la situación está tan a favor de un príncipe nuevo que difícilmente cabe encontrar época más idónea al respecto. Era necesario, como dije, que el pueblo de Israel estuviese esclavo en Egipto para percibir la virtud de Moisés, que los persas estuvieran sometidos por los medos para conocer la grandeza de ánimo de Ciro, que los atenienses anduvieran dispersos para descubrir la excelencia de Teseo; de igual modo, en el presente, para conocer la virtud de un espíritu italiano era necesario que Italia se viera reducida a los términos en que lo está hoy día: más esclava que los judíos, más sierva que los persas, más dispersa que los atenienses, sin cabeza, sin orden, abatida, expoliada, lacerada, teatro de correrías y padecido toda clase de devastación.

Y aunque hasta ahora se haya manifestado en alguno cierto destello por el que juzgar que había sido destinado por Dios para su redención, también se ha visto después cómo, en el momento cumbre de su actividad, era rechazado por la fortuna. De modo que, inerte, espera a quien le pueda sanar sus heridas, ponga fin a los saqueos de la Lombardía, a las exacciones en el reino de Nápoles y en la Toscana y la cure de sus llagas, desde hace tanto putrefactas. Se la ve rogar a Dios para que le envíen a alguien que la redima de tales crueldades y ultrajes bárbaros.

Se la ve también por completo lista y dispuesta a seguir una bandera, con que haya uno que la enarbole. Y en el momento presente no se ve en cuál esperar mejor que en vuestra ilustre casa, pues con su fortuna y su virtud, favorecida por Dios y por la Iglesia, de la que ahora es príncipe, cuál mejor para ponerse al frente de dicha redención. Lo que no supondrá mayor dificultad si ante vos tenéis las acciones y la vida de los que antes mencionara. Y si bien aquellos hombres fueron excepcionales y maravillosos, aún si fueron hombres, y la ocasión para cada uno de ellos fue inferior a la presente: su empresa, en efecto, no fue ni más justa que ésta ni más fácil, ni Dios le fue más propicio que a vos. Aquí la justicia es grande: *iustum enim est bellum quibus necessarium, et pia arma ubi nulla nisi in armis spes est* (“en efecto, es justa la guerra cuando es necesaria, y piadosas las armas cuando sólo en ellas hay esperanza”). Aquí la disposición es máxima, y donde la disposición es grande no puede haber gran dificultad si vuestra casa adopta las instituciones de los que he propuesto por modelo. Aparte de esto, aquí se ven hechos extraordinarios, sin igual, obra del propio Dios: el mar se ha abierto, una nube ha indicado el camino, ha manado agua de la roca, aquí ha llovido maná. Todo ha concurrido a vuestra grandeza. Lo que falta lo debéis hacer vos. Dios no quiere hacerlo todo para no quitarnos el libre albedrío y la parte de gloria que nos incumbe.

No ha de extrañar si alguno de los italianos ya mencionados no ha podido llevar a cabo lo que sí cabe esperar de vuestra ilustre casa, y si tras tantas mutaciones habidas en Italia y tantas campañas de guerra, la virtud militar parece haberse extinguido en ella. Esto se debe a que las antiguas instituciones ya no servían, y nadie ha habido que pudiera dar con otras nuevas. Y eso que nada hay que dé tanto honor a un hombre nuevo que irrumpiera cuanto las nuevas leyes y las nuevas instituciones establecidas por él. Estas cosas, cuando están bien fundadas y conllevan grandeza, hacen de él un hombre respetado y admirable. Y en Italia no falta materia en la que introducir cualquier forma. Aquí hay gran virtud en los miembros cuando de ellas no están faltos los jefes. Observad en los duelos y en los combates entre pocos cuán superiores son los italianos en fuerza, destreza e ingenio; mas cuando se trata de ejércitos, desaparecen. Y todo eso deriva de la debilidad de los jefes, pues los que están preparados no son obedecidos, y a todos les parece estarlo, sin que hasta el momento haya sabido encumbrarse alguno, por su virtud y su fuerza, frente a los demás. He ahí por qué en tanto tiempo, con tantas guerras habidas en los últimos veinte años, cada vez que ha habido un ejército enteramente italiano el resultado ha sido negativo; de lo que es testigo, en primer lugar, el Taro; y más tarde Alejandría, Capua, Génova, Vailate, Bolonia y Mestre.

Así pues, de querer vuestra ilustre casa emular a aquellos hombres eminentes que redimieron a sus países, es necesario, antes que nada y como genuino fundamento de cualquier empresa, proveerse de un ejército propio, ya que no es posible tener soldados más fiables, más auténticos ni mejores. Y aunque cada uno de ellos sea bueno, todos juntos resultarán aún mejores en cuanto vean al mando a su príncipe y los honores y el apoyo que les dispensa. Es menester, por tanto, preparar dicho ejército para poder con la virtud italiana defenderse de los extranjeros. Y por muy temibles que sean consideradas la infantería suiza y española, las dos presentan sin embargo defectos, por lo que un tercer tipo

de organización militar podría no sólo hacerles frente, sino incluso confiar en vencerlas. Los españoles, en efecto, no están en grado de resistir a la caballería, y los suizos tienen en qué temer a la infantería cuando en el combate se las ven con otros tan tenaces como ellos. Por eso se ha visto, y la experiencia lo seguirá mostrando, que los españoles no pueden resistir a la caballería francesa, y a los suizos caer derrotados por la infantería española. Y si bien de esto último no tenemos completa experiencia, una muestra empero se ha podido observar en la batalla de Rávena, cuando la infantería española se enfrentó a los batallones germanos, que se despliegan del mismo modo que lo suizos. Allí, los españoles, gracias a la agilidad de su cuerpo y con ayuda de sus broqueles, penetraron bajo las picas de los enemigos, seguros de malherirlos, ante la impotencia germana, y de no ser porque la caballería cargó contra ellos, habrían dado buena cuenta de todos. Conocido, por tanto, el punto débil de ambas infanterías, es posible organizar una nueva capaz de resistir a la caballería y sin miedo a otra infantería, lo que se conseguirá con la creación de los ejércitos y el cambio en su organización. Son tales cosas de esas que, por la novedad de su reordenación, confieren reputación y grandeza a un príncipe nuevo.

No se debe, en suma, dejar pasar esta ocasión, a fin de que Italia, luego de tanto tiempo, vea su redentor. No tengo palabras para expresar con qué amor sería recibido en todos los lugares que han padecido las invasiones extranjeras, con qué sed de venganza, con qué tenaz lealtad, con qué devoción, con qué lágrimas. ¿Qué puertas se le cerrarán? ¿Qué pueblos le negarán obediencia? ¿Qué envidia obstaculizaría su paso? ¿Qué italiano le negaría pleitesía? A todo apesta esta bárbara dominación. Asuma, pues, vuestra ilustre casa dicha tarea con el ánimo y la esperanza con que se asumen las empresas justas, a fin de que, bajo su enseña, esta patria resulte ennoblecida, y bajo sus auspicios se verifique aquel dicho de Petrarca:

La virtud contra el furor
Empuñará las armas, y será el combate corto:
que el antiguo valor
en el corazón itálico aún no ha muerto.

Acerca de los textos de Maquiavelo:

- Si se compara este último capítulo con el prólogo: ¿cuál es la convocatoria de Maquiavelo a Lorenzo de Médicis?
- ¿Por qué se lo considera a Maquiavelo el primer patriota italiano?
- ¿Por qué Maquiavelo cambia tan bruscamente de estilo de escritura y hasta cierto punto de temática, en relación con el resto de libro?

XIX. A partir de los textos de Maquiavelo

Hemos concluido. Cerramos el libro. ¿Qué tiene para decirnos a nosotros, hoy, Nicolás Maquiavelo? Leímos a un autor que no ha tenido miedo de mirar al *poder* de frente, con toda su grandeza, pero también con todas las miserias que exige el obtenerlo.

Tenemos que reconocer que su reflexión sobre la naturaleza del poder ha sido el producto de una obsesiva lectura histórica y un inteligente aprendizaje de su experiencia personal. Ha *mezclado* entonces, la observación directa, en el caso de los hechos políticos contemporáneos a su vida, y la indirecta, a partir de la lectura meticulosa de la historia política occidental. Pero, en la forma maquiavélica de nutrirse de la experiencia histórica, hay un supuesto previo muy fuerte acerca de la naturaleza humana y su comportamiento: las motivaciones que llevan a los seres humanos a actuar son las mismas en todo tiempo y lugar. De ahí puede deducirse, entonces, un ejemplo de acción política que puede ser trasladado acriticamente al presente. En síntesis, los seres humanos *siempre* aspiran al poder o al orden y la seguridad. Aquéllos que persiguen el poder, y tienen la capacidad (eso que Maquiavelo ve como mezcla de *virtud y fortuna*), serán los príncipes o jefes de las ciudades. Aquéllos que, teniendo esa misma aspiración, aún no han llegado a él, o tuvieron el poder y han sido derrotados, rodean a los príncipes y viven en ese mundo de disputa política: serán los *notables*, tipo de personaje que tiene puntos de contacto con lo que, siglos más adelante, será denominado el *político profesional* por Max Weber. En cambio, en aquella parte sin duda más grande de la población donde prevalezca el deseo de orden o seguridad, encontraremos a los súbditos. Lo central de lo expuesto es que Maquiavelo supone, entonces, una *naturaleza humana* invariable a través de la historia. Esa invariabilidad es la de un ser humano naturalmente *corrompido* (acá el peso de la definición cristiana de pecado original es definitoria) y lanzado a satisfacer sus pasiones. Sujetarlas, manipularlas, transformarlas en una fuerza favorable a aquéllos que ejercen el poder o, muchas veces, reprimir las conductas de ellas derivadas, son las tareas centrales de aquéllos que ejercen, o aspiran a ejercer, el poder sobre los dominados. A partir de este modelo *simple* de comportamientos sociales, deduce nuestro autor todo el complejo entramado de reglas del *hacer política* que hemos estudiado en los capítulos precedentes.

Dijimos en la introducción que Maquiavelo inaugura el pensamiento político moderno. Nuestro autor adolece de muchas cosas. Sus supuestos más básicos serán complejizados, refutados, vueltos a retomar y vueltos a refutar. Sus textos no tienen la robustez teórica que encontraremos un poco más adelante en autores como Hobbes, Locke, Montesquieu o Rousseau. Pero fue el que se *animó* a hacer la pregunta maldita: interrogarse, sin la red de seguridad de las respuestas teológicas, de qué se trataba *eso* del poder político. Hoy, quizás debido a sus mismas respuestas algunas desnudas, otras violentas, Maquiavelo nos atrae y nos repele. Es que él escribía sin el lenguaje *diplomático* que la propia reflexión académica irá creando, ya no bajo el barniz religioso, sino a través de la red mucho más sutil de la discursividad ideológica.

Pensar el Poder, así, con mayúsculas, no su justificación, sino su ejercicio. Maquiavelo conversaba con Aristóteles, Tito Livio, Petrarca, Cicerón y tantas otras

cabezas de la antigüedad clásica. Quizás tengamos que remitirnos a las grandes reflexiones sobre las honduras de la naturaleza humana y de la sociedad del siglo XIX y XX, a hombres de la talla de Marx, Freud o Foucault, para encontrarle al ilustre florentino interlocutores contemporáneos.

Reflexiones a partir de los textos de Maquiavelo

- Sobre la base de la lectura de Maquiavelo, ¿cómo podría definirse a la política?
- ¿Qué relación podría establecerse entre esta idea y la concepción de Platón acerca de la política?
- ¿Por qué se debe hacer política? ¿Es que los seres humanos no pueden auto-organizarse sin un poder por encima que los dirija?
- ¿Qué es la naturaleza humana para Maquiavelo? ¿De qué modo la concibe?
- ¿Por qué en algunas circunstancias Maquiavelo prefiere al principado y en otras a la república?
- Las palabras de Maquiavelo apuntan a justificar la teoría del *hombre providencial o salvador de la patria*. ¿Qué objeciones se podrían hacer a esta afirmación en la actualidad?
- ¿En qué sentido puede afirmarse que Maquiavelo, a partir de este texto, ha inspirado a revolucionarios como Lenin o Gramsci?
- Maquiavelo, hombre del siglo XV, se niega a aplicar su frío análisis político a un Estado guiado por *una razón superior*. ¿Respondería de la misma forma un analista político un par de siglos después?
- Hombre de su tiempo, Maquiavelo sostiene que la *actividad* única a la que debe dedicarse específicamente el príncipe es la guerra, o su preparación en épocas de paz. ¿Cuál es esa actividad en la época contemporánea? ¿Es la misma en todos los Estados?
- Después de leer muchas veces ese término en el texto, finalmente, ¿qué se deduce que es la *virtud* para Maquiavelo? ¿Y la fortuna? ¿Compartimos esta concepción? ¿En qué sentido?
- ¿Se puede afirmar que no hay relación entre ética y política en Maquiavelo o ésta es inexistente? ¿Por qué? ¿Comparte cada uno de nosotros el planteo de Maquiavelo al respecto? ¿Hasta dónde y con qué límites?

Bibliografía

De Maquiavelo

Machiavelli, Niccolò: *Tutte le opere storiche, politiche e letterarie*, Milano, Grandi Tascabili Economici, 1998.

Maquiavelo, Nicolás: *El príncipe*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2006.

Maquiavelo, Nicolás: *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Buenos Aires, Losada, 2004.

Maquiavelo, Nicolás: *Epistolario (1512-1527)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.

Obras consultadas

Althusser, Louis: *Política e historia: de Maquiavelo a Marx*, Madrid, Katz Editores, 2007.

Bobbio, Norberto, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino: *Il Dizionario di Politica*, Torino, Utet, 2004.

Chevallier, Jean-Jacques: *Los grandes textos políticos: desde Maquiavelo hasta nuestros días*, Madrid, Aguilar, 1970.

Fernández Pardo, Carlos Alberto: *Teoría política y modernidad: del siglo XVI al siglo XIX*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1977.

Ferrater Mora, José: *Diccionario de Filosofía*, Madrid, Alianza Editorial, 1984.

Ginzburg, Carlo: “Maquiavelo, la excepción y la regla. Líneas de una investigación en curso”, en *Ingenium, Revista de historia del pensamiento moderno*, Nº 4, Madrid, julio-diciembre de 2010.

Grüner, Eduardo: La astucia del león y la fuerza del zorro. Maquiavelo, entre la verdad de la política y la política de la verdad. *En la filosofía política clásica: De la Antigüedad al Renacimiento*, Comp. Boron, Atilio A. Colección Clacso-Eudeba, Clacso, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Ciudad de Buenos Aires, Argentina. Marzo 2000. 253-268..

Maquiavelo, Nicolás: *El Príncipe*, Buenos Aires, Claridad, 2007.

Maquiavelo, Nicolás: *El Príncipe*, México, Editorial Porrúa, S.A., 1974.

Weber, Max: “La política como vocación”, en *Escritos Políticos*, México, Folios Ediciones, 1982.

Sabine, George: *Historia de la teoría política*, México, Fondo de Cultura Económica, 1945.

Índice

- 9 **I. Introducción**
- 9 ¿Por qué Maquiavelo?
- 10 La época
- 11 Italia y Florencia, la tierra de Maquiavelo
- 12 La vida de Nicolás Maquiavelo
- 13 La historia de *El Príncipe*
- 14 El sentido de esta selección

- 17 **II. ¿Por qué pensar en el *hacer política*?**
- 17 Carta a Francesco Vettori

- 19 **III. El otro gran texto de Maquiavelo. Discursos sobre la primera década de Tito Livio**
- 19 Capítulo IX: Cómo es necesario que sea uno solo quien organice una república de nuevo o quien la reforme totalmente fuera de sus antiguos usos
- 21 Capítulo LVII: La plebe reunida es valiente, pero dispersa es débil
- 22 Capítulo LVIII: La multitud es más sabia y más constante que un príncipe

- 27 **IV. El líder político y el teórico de la política: una relación conflictiva. El Príncipe**
- 28 Nicolás Maquiavelo al Magnífico Lorenzo de Médicis

- 29 **V. ¿Cómo se clasifican los Estados?**
- 29 Capítulo I: De cuántos son los tipos de principados y de qué formas se adquieren

- 31 **VI. El poder como parte del orden natural de las cosas**
- 31 Capítulo II: De los principados hereditarios

- 33 **VII. Del principado al Estado Nación moderno: la ampliación mediante anexiones**
- 33 Capítulo III: De los principados mixtos
- 36 Capítulo IV: Por qué razón el reino de Darío, que Alejandro ocupara, a su muerte no se rebeló ontra sus sucesores

- 39 **VIII. La conflictiva relación entre el poder político y la libertad**
- 39 Capítulo V: Cómo deben gobernarse las ciudades o los principados que antes de ser conquistados vivían de acuerdo con sus propias leyes

- 41 **IX. El origen de la adquisición del poder político: fortuna, virtud o crimen**
- 41 Capítulo VI: De los principados nuevos que se adquieren mediante las propias armas y por virtud
- 42 Capítulo VII: De los principados nuevos adquiridos por medio de las armas y de la fortuna ajenas

- 45 Capítulo VIII: De los que accedieron al principado mediante crímenes
- 49 **X. El trasfondo social del poder político**
- 49 Capítulo IX: Del principado civil
- 51 Capítulo X: Cómo se deben medir las fuerzas de todos los principados
- 53 **XI. Estado y religión**
- 53 Capítulo XI: De los principados eclesiásticos
- 55 **XII. La siempre compleja y terrorífica relación entre guerra y política**
- 55 Capítulo XII: De los diferentes tipos de tropas y de las tropas mercenarias
- 56 Capítulo XIII: De las tropas auxiliares, mixtas y propias
- 57 Capítulo XIV: De lo que incumbe a un príncipe en relación con la milicia
- 59 **XIII. Moral individual y poder político**
- 59 Capítulo XV: De las cosas por las que los hombres, y sobre todo los príncipes, son alabados o vituperados
- 60 Capítulo XVI: De la liberalidad y la parsimonia
- 62 Capítulo XVII: De la crueldad y de la clemencia, y de si es mejor ser amado que temido o viceversa
- 63 Capítulo XVIII: De qué modo deben los príncipes mantener su palabra
- 65 Capítulo XIX: De qué modo se debe evitar el desprecio o el odio
- 69 **XIV: La política: un juego sin reglas fijas**
- 69 Capítulo XX: Si las fortalezas y otras muchas cosas hechas por los príncipes son útiles o inútiles
- 73 **XV: La grandeza de la acción política se encuentra en los fines que persigue y obtiene**
- 73 Capítulo XXI: Qué conviene a un príncipe para ser estimado
- 77 **XVI: El arte de saber de quién rodearse**
- 77 Capítulo XXII: De los secretarios de los príncipes
- 78 Capítulo XXIII: De qué modo se ha de rehuir a los aduladores
- 81 **XVII: La influencia de la suerte y el momento histórico en los liderazgos exitosos**
- 81 Capítulo XXIV: Por qué los príncipes de Italia han perdido sus Estados
- 82 Capítulo XXV: Cuál es el poder de la fortuna en las cosas humanas y cómo se le puede hacer frente
- 85 **XVIII: Maquiavelo como precursor del Estado Nación italiano**
- 85 Capítulo XVI: Exhortación a ponerse al mando de Italia y liberarla de los bárbaros
- 89 **XIX: A partir de los textos de Maquiavelo**

Impreso en junio de 2012
en Gráfica LAF s.r.l., Monteagudo 741/745
(B1672AFO) Villa Lynch - Pcia. Bs. As
Tirada: 1.000 ejemplares

José E. Castillo

Maquiavelo es sinónimo de política.

El análisis puro del poder es el objetivo de Maquiavelo. Se lo puede considerar el iniciador de un debate que involucró luego a Hobbes, Locke, Montesquieu, Rousseau, Hegel, Marx, Nietzsche, Weber o Gramsci. Y que, en la segunda mitad del siglo XX, darán lugar a las impresionantes reflexiones de un Michel Foucault.

Maquiavelo fue un maldito. Prohibido, colocado en el índice de la Inquisición, recibió la inquietante admiración de fenomenales y disímiles figuras políticas, como Napoleón, Lenin, e incluso el fascista Benito Mussolini.

Invitamos entonces a recorrer las páginas de uno de los autores más importantes de la literatura política de todos los tiempos. A leerlo con la cabeza abierta, a reflexionar, a buscar sus consejos en la historia, a horrorizarse si es necesario ante algunos de sus planteos, y también a detenerse a admirar la inteligencia de muchas de sus afirmaciones.

ISBN 978-950-23-1963-6



9 789502 319636